BOLSILIBROS BRUGUERA

CIENCIA FICCION

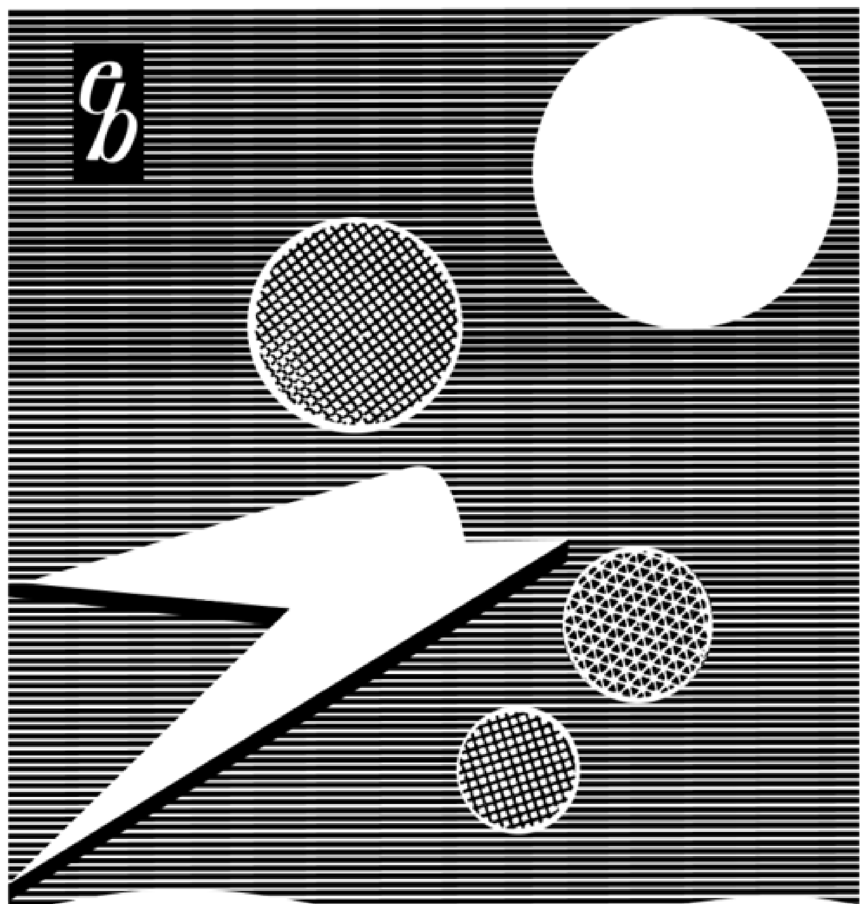
SERIE la conquista DEL ESPACIO

EL EDEN DE LA VIDA

j. chandley

CIENCIA FICCION





LA CONQUISTA DEL ESPACIO

J. CHANDLEY

EL EDÉN DE LA VIDA

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 187

Publicación semanal

Aparece los VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 143 – 1974

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: marzo, 1974

Concedidos derechos exclusivos a favor de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.** Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial**

Bruguera, S. A.

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

182. — Mil millones de ojos. — *Silver Kane.*

183. — Asteroide Lesbos-3. — *Curtis Garland.*

184. — Rayo de luz. — *Lucky Marty.*

185. — ¡Yo detuve el mundo!—*Curtis Garland.*

186. — El mensaje de los OVNI. — *Lucky Marty.*

CAPÍTULO PRIMERO

—Señores, hemos llegado a un extremo en que nuestras posibilidades han quedado agotadas. Se ha recurrido a todos los medios científicos que se hallan a nuestro alcance, sin un logro positivo.

Los allí reunidos, altas eminencias médicas, escuchaban con atención las palabras de quien les presidía.

—A este ritmo, nuestra juventud está llamada a desaparecer y es una responsabilidad que incumbe a todos y más a nosotros. Particularmente soy el primero en lamentarlo, pero hay que reconocer

nuestra impotencia para librar a esos jóvenes de la muerte.

Todos pensaban en lo mismo, en aquellos muchachos y muchachas pletóricos de aparente salud y que comenzaban a dar síntomas de vejez prematura, hasta que sus vidas se extinguían en corto plazo.

—Les he reunido para notificarles mi decisión. Esto ya no concierne a nosotros solos, hay que ponerlo en conocimiento del Departamento de Defensa Humana. Así que propongo esta decisión a debate.

Las discusiones que se suscitaron fueron muy acaloradas, pero al fin, todos estuvieron de acuerdo con su presidente y se puso al corriente al Departamento de Defensa Humana.

Este Departamento mandó a varios agentes para interrogar a los jóvenes de ambos sexos atacados de aquella extraña enfermedad.

Los resultados obtenidos, prácticamente nulos, puesto que invariablemente, cuando parecían ir a dar una información positiva, dejaban de existir.

El más espantoso de los enigmas envolvía la fatal existencia de aquellos jóvenes, que nada se podía hacer para librarles del triste desenlace.

Las críticas se llovían, se pedían responsables directos y más de un periódico calificó aquello, con grandes titulares, de «Inconcebible masacre juvenil».

Consecuencia de todo ello, destituciones, nuevos nombramientos y un malestar general que amenazaba en adquirir proporciones gigantescas.

La situación era tensa, las altas esferas presionaban a los de abajo y éstos a sus subordinados.

Pero lo cierto y seguro es que no se adelantaba nada y las más variadas hipótesis salían a la luz.

* * *

El jefe supremo del Departamento de Defensa Humana, Stephen Earl, llamó urgentemente a su más eficiente colaborador, Thomas

Ward.

Este se presentó ante su superior que le acogió visiblemente contrariado.

—Siéntate, Thomas.

Obedeció la indicación y esperó pacientemente las palabras de su jefe, que estaba recopilando unos papeles que tenía sobre la mesa.

Una vez todos reunidos, se los entregó, diciéndole:

—Toma, aquí tienes todo el asunto. Estúdialo bien y te pones a trabajar inmediatamente. ¿Alguna pregunta?

—Ninguna, señor, puesto que ya lo tiene decidido e imagino que será inútil recordarle que me ha hecho cisco las vacaciones

Su jefe le cortó:

—Imaginas bien. Así que basta de lamentaciones. Te prometo doblártelas cuando termines con esto.

—Es muy optimista, jefe. Todos los demás no lo han logrado y pretende que yo lo consiga. Me da la impresión que a los cien años disfrutaré de esas vacaciones.

—De ti depende el acortar el plazo. ¿Y cómo sabes de qué se trata?

—Cuestión de lógica, señor. De no ser algo grave, me hubiera dejado tranquilo con mí merecido descanso y lo más grave en la actualidad es el asunto de los jóvenes, dicho sea de paso, me incluyo entre ellos.

—Referente a lo primero, en lo de merecido descanso, habría mucho que hablar, aunque de todos modos no me hubiera atrevido a fastidiártelas. Referente a lo segundo, has dado en el clavo. Por lo tanto, manos a la obra.

Sabía que las últimas palabras de su jefe, equivalía a decir punto final de conversación, por lo que se levantó y se dirigió al despacho de su sección.

Tuvo que soportar algunas indirectas de sus compañeros y compañeras alusivas a sus frustradas vacaciones y aunque tenía sobrada autoridad para atajar su confianza, él las admitió con muestras de buen humor.

Thomas mantenía el criterio de ser respetado por sí mismo, no por imponer su autoridad como jefe de sección, sino por el trato humano, el portarse con ellos como un camarada más.

En esto estribaba la clave de sus éxitos y de ahí que su sección, incluido él, naturalmente, fuera el último recurso de los casos difíciles encomendados al Departamento.

Se dedicó de lleno al estudio de aquellos legajos, que fuera de aprender alguna terminología médica, ningún dato le aportó hacia donde debía de encaminar sus pasos.

Únicamente un detalle le llamó la atención de una forma sobresaliente; que los casos de muerte prematura se producían periódicamente y no de forma aislada, sino que eran varios jóvenes de ambos sexos que en corta diferencia de unos a otros, dejaban de existir.

Esto le hizo pensar en una colectividad y en el único lugar donde se pudieran reunir gente joven era en cualquier club o centro recreativo, de los que tanto proliferaban por el lugar.

Decidido salió de su despacho y en pocas palabras puso al corriente a los de su sección del asunto que le habían encargado.

—Así que, como el que más y el que menos tiene su club o centro de preferencia, nuestros primeros pasos los encaminaremos hacia ahí. Cualquier anomalía que descubráis, investigarla a fondo.

De este modo, Thomas Ward puso la operación en marcha y él, por su parte, también emprendió sus pesquisas.

Aquello era pretender dar golpes a ciegas, y, por tanto, hasta el momento, ningún indicio se había producido para poder desenmarañar el enredo de aquella madeja.

Pero no por ello se desanimó y prosiguió en su labor con tesonería, aunque las notificaciones de sus agentes siempre fueran las mismas, que nada anormal habían encontrado en su respectivo club.

Un día por la calle se encontró a un compañero de estudios, que hacía mucho tiempo que no se habían visto.

—¡Thomas...!

Se volvió y a su vez exclamó:

—¡Pol...!

Ambos, muy efusivos se abrazaron y palmotearon sus respectivas espaldas.

—¡Caramba, hombre...! Esto tenemos que celebrarlo. ¡El tiempo que hace que no nos veíamos...!

—Tienes razón, Pol. Pues mira, yo te diré... De antes de nuestra graduación en que tuve que irme por asuntos familiares.

—¿Lograste la licenciatura?

—Claro que sí.

—¿Y qué haces ahora?

—Estoy en la asesoría jurídica del DDH.

—¡Ah...! ¿El Departamento de Defensa Humana?

—Exacto.

—¿Pues sabes lo que te digo...?

—¿El qué?

—Que no te encajo sujeto a una vida sedentaria. De estudiantes no parábamos. ¿Recuerdas?...

—Ya lo creo. ¿Cómo se van a olvidar aquellos tiempos?

—Mira, yo, con la carrera de leyes en el bolsillo, prefiero la emoción de las transacciones a sentarme tras una mesa y desmenuzar los artículos para ver de dar la vuelta a un asunto que el contrincante lo tiene por ganado.

—¿Qué quieres que te diga...? A cada cual se le presentan las cosas de distinta forma.

—Sí, tienes razón. Ya no es lo mismo de antes. Anda, entremos aquí y charlaremos un rato.

Claro que Thomas, por conveniencia profesional, silenció su verdadera actividad.

Era verdad que tuvo que abandonar los estudios antes de la licenciatura y que ésta la consiguió más tarde, pero no fue precisamente por asuntos familiares como adujo.

Hasta él había llegado, por mediación de un pariente, la existencia de un cuerpo especializado que se encubría bajo el

inofensivo nombre de Departamento de

Defensa Humana; pero aparte de las funciones propias que su denominación indicaba, la realidad era otra.

En su seno se albergaba una organización que no era de dominio público, y para el ingreso en ese cuerpo es por lo que tuvo que abandonar sus estudios.

Como bien dijo Pol, no encajaba en una existencia sedentaria. Por eso su inquietud le llevó a enrolarse en una actividad que iba muy bien a su carácter.

No resultaba nada fácil el salir airoso de todas las disciplinas a que eran sometidos, por lo complejas que éstas eran. El las superó y además con destacado aprovechamiento, consiguiendo el número uno de su promoción.

Se les especializaba en todo, desde la utilización de cualquier vehículo terrestre, marino o aéreo, hasta solucionar problemas por sencillos que fueran, sin olvidar su preparación física.

Tuvo que trabajar duro, pero se encontraba satisfecho, consciente de que su labor, la de todos ellos, redundaba en el bien de sus semejantes, y lo que más le gustaba era que ésta era callada, sin estridentes publicaciones, únicamente sabida por los componentes de aquella organización secreta, y se daba el caso que aun éstos de muchas cosas no se enteraban.

Tomaron asiento en el establecimiento que le indicó Pol y éste le aclaró:

—Vengo aquí muchas veces. Somos un grupo de amigos y amigas, muchas de ellas unos verdaderos bombones, que nos reunimos y lo pasamos muy bien.

—Hombre, no pongo en duda que existiendo chicas por medio, te encuentres tú.

—Puedes hablar, que en más de una ocasión nos hemos peleado por una y siempre has logrado hacerte con ella.

—Bueno, esto no lo tienes que tomar como patrón, porque tienes que reconocer que eres un tanto bruto y a lo bestia no se consigue gran cosa.

Rieron ambos y Pol le preguntó:

—¿Te acuerdas de Carol?

—¿Que si me acuerdo...? Me costó sudores quitármela de encima y todo por erigirme en su salvador, luego que la lanzaste al lago toda emperifollada.

—Que conste que no la lancé, se cayó ella.

—Pero luego de que la empujaste.

—Ya te he dicho que ni la lancé ni la empujé. La pobrecilla estaba tan ridícula con sus pasitos de baile, que me limité a silenciar que estaba a punto de caerse al agua y... se cayó con todo su equipo.

—¿Y por qué no la sacaste?

—Me dio tal ataque de risa que no podía ni moverme. ¡Palabra!...

Y continuó riendo a mandíbula batiente, recordando aquel episodio.

Thomas terminó también riendo al ver lo gustoso que lo hacía su amigo, y así hubieran estado mucho rato de no acercarse a ellos una morenaza que le preguntó a Pol:

—¿Puedes hacerme partícipe del chiste y me reiré yo también?

Ante la presencia femenina, fueron calmándose.

Pol le aclaró:

—No se trata de ningún chiste. Recordábamos tiempos pasados. Lynda, te presento a Thomas, un buen amigo.

—¡Hola!

—¡Hola! —le correspondió Thomas.

La muchacha se sentó con ellos e indirectamente se invitó:

—¿Qué porquería estáis ingiriendo?

—Un «lavado de estómago». ¿Quieres?

—Bueno.

Llamaban a aquel combinado de este modo por lo fuerte que resultaba.

Le sirvieron a la muchacha aquel brebaje, y luego de dar unos sorbos, manifestó:

—Estamos organizando una excursión a un lugar maravilloso, según nos han dicho. Hace tiempo que no salíamos y la última lo pasamos muy bien. ¿Recuerdas, Pol?

—Sí, es verdad. Desde luego que podéis contar conmigo. ¿Por qué no vienes tú también, Thomas?

Antes de que contestara intervino Lynda, que le miraba con buenos ojos:

—Eso... ¿Por qué no vienes? Te aseguro que lo pasarás bien.

—No sé si podré ir. Tengo mis obligaciones... —aparentemente, se excusó Thomas.

—¿Estás casado? —inquirió la joven, interesada.

Pol soltó la carcajada, al tiempo que decía:

—A éste no hay quien le pesque. Es un hueso duro de roer.

Lynda hizo un mohín gracioso al manifestar:

—Bueno..., y sin ánimo de ofender, a todo puerco le llega su San Martín...

—No resulta muy halagador el símil con la especie porcina, pero, en fin, partiendo de los labios de una Lynda de derecho y de hecho...

—¡Mira qué chistoso resulta tu amigo, Pol!... Que conste que mi alusión hace referencia exclusivamente al sentido del refrán.

—Claro, mujer, así lo he interpretado. Aunque, a decir verdad, no me importaría que ese San Martín fuera contigo.

—¿Pero qué es esto...? —protestó Pol, en actitud cómica—. Si molesto, me voy. Ya me invitaréis a vuestra «pocilguita».

—Refrena tus vaticinios, que no hay para tanto —protestó Lynda.

—Bien, bien, pero por ahí se empieza. Os lo dice un experto en la materia.

—Como no sea en la de cosechero... —apuntó Lynda, con cierta

reticencia.

—¿Cosechero de qué? —inquirió, intrigado, Pol.

Intervino Thomas:

—No preguntes, Pol, que te llevarás una decepción.

—Pero… ¿cosechero de qué? —insistió.

—¿De qué va a ser? De «cucúrbitas pepo», vulgo calabazas —concluyó Lynda.

—¿Lo ves, Pol?… Nunca me quieres hacer caso y tienes que oír más de la cuenta…

Terminaron riendo entre las protestas de Pol.

CAPÍTULO II

En un vehículo colectivo, salieron de excursión para aprovechar aquel largo fin de semana.

El bullicio y la alegría era la nota imperante entre la gente joven que lo ocupaba.

Lynda se las había compuesto, de forma y manera, para situarse en el asiento junto a Thomas y acaparar de este modo su atención.

Entretanto, Thomas no dejaba de atender a la bella muchacha, pero al mismo tiempo no perdía detalle de cuanto pudiera suceder a su alrededor.

Iban a un lugar de la costa que él no conocía, y por lo que sacó en claro, todos, sin excepción, estaban en sus mismas condiciones.

—Pero nos han dicho que es un lugar de ensueño, una verdadera maravilla —le anunció Lynda; pero la realidad era que le tenía sin cuidado las excelencias del lugar adonde iban.

Para todos constaba que Thomas no estaba muy decidido a ir, pero que gracias a la insistencia de Lynda y de Pol, por fin había accedido.

La verdad era otra, pero le convenía causar aquella impresión por lo que pudiera ser.

Las demás jóvenes que formaban parte de la pandilla miraban con envidia a Lynda por la grata compañía que tenía.

Llegaron a una zona rocosa de la costa y dejaron el camino principal para deslizarse por uno secundario.

Daba la impresión que aquel acceso moría en las mismas rocas, pero, insospechadamente, apareció la continuación entre dos riscos.

Alguien comentó:

—¡Caramba…! Creía que nos íbamos a estrellar contra las rocas…

Pronto estas palabras quedaron en el olvido para admirar la panorámica que desde allí se divisaba, a medida que iba descendiendo por la serpenteante carretera.

Para sus adentros, Thomas pensó que aquello constituía un buen escondrijo, ideal para cualquier actividad que se amparara en la clandestinidad.

Lynda no cesaba de hablar, ponderando la belleza del lugar, y Thomas le contestaba con monosílabos.

Por fin, tras torcer un recodo, dieron con una explanada provista de las instalaciones más modernas que pudiera uno imaginar, con un edificio ostentoso empotrado materialmente en la misma roca.

Allí se podían practicar toda clase de deportes: existían profusión de plantas y árboles tropicales en un frondoso y bien cuidado jardín.

Una rada amansaba las aguas del mar abierto y su quietud se parecía más bien a una piscina en donde sus embarcaciones de recreo apenas se mecían.

Los elogios se prodigaban por doquier en boca de los excursionistas y Thomas también participaba de su entusiasmo para no desentonar.

La configuración de la rada, la comisa del acantilado, ponían a cubierto aquel complejo de cualquier mirada indiscreta.

Las muchachas y la mayoría de chicos se fueron para colocarse sus respectivos bañadores y gozar del placer de las refrescantes aguas.

El servicio estaba compuesto de lindas camareras con atavíos veraniegos que les permitía lucir su bien configurada anatomía, constituyendo las delicias de los excursionistas masculinos, en que más de uno se llevó un codazo o una regañeta de su respectiva acompañante.

También habían camareros, aunque más escasos. Ahora, todos ellos eran fornidos, detalle éste que no pasó desapercibido a Thomas.

Este aprovechó el haberse librado de Lynda para investigar por su cuenta de la forma más discreta.

Le llamó la atención la existencia de una puerta ligeramente disimulada por unos arbustos y el paso de unas camareras y un camarero, portadores de botellas conteniendo bebidas.

También pudo ver a uno o dos hombres sin la vestimenta de camareros.

Le extrañó esto, puesto que las dependencias de servicio, por lo que había visto, estaban en el mismo edificio anexas al propio bar.

Lo tendría presente, y a la noche trataría de investigar aquella dependencia.

Se reunió con sus compañeros de excursión y nada más verle le llamaron Lynda y Pol.

—¡Eh, Thomas! ¿Pero dónde te has metido?

Thomas tuvo que hacer un esfuerzo supremo para contener su admiración ante la visión escultural de Lynda, que, por única vestimenta, llevaba sus correspondientes dos piezas.

Contestó, con naturalidad:

—He estado viendo todo esto. Resulta muy bonito.

—Pues nosotros ya nos hemos refrescado dándonos un soberano

baño. ¿Verdad, Lynda?

—Desde luego. El agua está estupenda. ¿No te decides, Thomas?

—Quizá un poco más tarde, aunque te confesaré, Lynda, que el agua no es mi elemento.

Iba a decir algo Pol, cuando recibió una patada en el tobillo, propinada por el mismo Thomas, que le hizo exclamar:

—¡Ay...!

Componiendo una cara de inocente, Thomas le preguntó:

—¿Qué te pasa?

—Nada, nada... Que me he dado con la silla.

Pol había interpretado bien el aviso de su amigo, puesto que sabía que Thomas siempre había destacado precisamente en el deporte de la natación, erigiéndose en campeón en todas las competiciones y estilos.

Las palabras de Lynda le confirmaron que estaba en lo cierto:

—Pues yo podría enseñarte, si es que no sabes nadar.

—Eso está mejor. Contigo casi me arriesgaría, aun con peligro de ahogarme.

—Según dicen, nado bastante bien. ¿No es así, Pol?

—¡Oh, sí, sí...! Es verdad, Thomas.

—Si tú lo dices... ¿De veras que puedo estar seguro en sus manos?

—Completamente, Thomas. Respondo de ella.

Lynda mostraba una sonrisa de complacencia y daba por descontado que Thomas se decidiría, como así fue.

—Bien, voy a por el bañador y en un momento estoy con vosotros.

Pero el momento se prolongó más de la cuenta, y ello fue debido a que cuando iba a la habitación que compartía con Pol, oyó unas voces airadas.

Se aproximó a la puerta de donde procedían y pudo enterarse

perfectamente de lo que allí se hablaba:

—He dicho, una y mil veces, que las órdenes se han de cumplir sin tomar iniciativas.

—Pero, señor, lo único que ha ocurrido es que, sin darme cuenta, he saltado el orden, pero en todas las mesas he servido el licor correspondiente —aclaró una voz femenina en la que se notaba cierto temor.

—Esto que consideras sin importancia, la tiene y mucha. Con tu ligereza has trastocado todo el plan previsto. ¡Lleváosla!

—¡No...!

Aquella negación más bien le pareció a Thomas un grito de terror, y trató de ocultarse por si salían de aquella estancia.

Más pasó un rato y por ella nadie apareció, lo que le hizo pensar que habían salido por otra puerta.

Todavía alcanzó a oír:

—A esa chica hay que sacrificarla. Es demasiado impulsiva con los invitados y puede acarreamos un disgusto serio. ¡Lástima, porque es muy mona y tiene un tipo imponente!... —concluyó, entre risotadas, aquella voz que se le antojó de lo más antipática.

A Thomas, por rara asociación, le vino a la mente aquella puerta medio disimulada que vio en el jardín.

Sin pensarlo dos veces, se dirigió hacia allí y penetró por la puerta en cuestión.

Al poco rato de caminar por aquel pasillo, le salió al encuentro un camarero, quien le preguntó:

—¿Dónde va, señor? Esto está reservado al servicio.

La inesperada aparición del camarero le sorprendió un poco, e iba a decir que seguía a una camarera. Pero se calló al suponer que aquella intercepción no era fortuita, sino que le habían visto.

Componiendo una expresión de despistado, preguntó:

—¿No es por aquí donde están las habitaciones?

—No, señor. Se ha equivocado de puerta. Tenga la bondad de seguirme.

Creyó que iba a llevarle a presencia de alguien para ser interrogado, pero le condujo hacia la salida.

Entonces se dio cuenta de su torpeza y la explicación de la presencia de aquel hombre que le salió al encuentro.

Junto a la puerta, en su parte interior, existía un adorno que a cualquiera le hubiera pasado por alto, pero no a Thomas, que lo consideró fuera de lugar y que su misión específica era el ocultar un objetivo para control de entradas y salidas.

Se enfadó consigo mismo por su fallo garrafal al no prevenir aquella eventualidad, y al mismo tiempo se afianzó en la sospecha de que ocultaban algo, aunque también pudiera ser que se tratara de un simple control de almacén.

Su acompañante, una vez en el exterior, le indicó amable:

—Aquella puerta, señor, es la que conduce a las habitaciones.

Thomas le manifestó, como excusándose de su equivocación:

—Gracias..., muchas gracias. Y perdone...

—No hay por qué darlas, señor.

Y sin más, se fue hacia la habitación para desnudarse y colocarse el bañador.

Mientras, estuvo meditando sobre lo que escuchó. La palabra «sacrificarla» martilleaba su mente e imaginaba que iban a degollarla como a una res cualquiera o algo por el estilo.

Aunque también pensó que «sacrificarla» también pudiera referirse a despedirla o asignarle un trabajo más pesado, de menos categoría.

Por otra parte, si ocultaban algo grave, lo más lógico es que a él no le dejaran en libertad.

Se sacudió la cabeza para ahuyentar sus pensamientos y se dijo:

—En fin, ya veremos lo que pasa. Ahora iré a recibir las lecciones de natación de la no despreciable Lynda.

Y se encaminó hacia donde dejara a ésta en compañía de su amigo Pol.

Lynda le reprochó:

—Sí que has tardado. Parece que hayas ido al fin del mundo a por tu bañador.

—Perdona. Lo que ha ocurrido es que me he despistado equivocándome de puerta, y ése ha sido el motivo de mi tardanza involuntaria.

—Creía que ya te habías arrepentido de la zambullida.

—No es que me haya arrepentido, Lynda, pero la verdad sea dicha: siento un poco de respeto por el líquido elemento. Prefiero pisar en lugar firme.

Thomas se apercibió de que una camarera se hallaba ocupada en limpiar una mesa vacía muy próxima a ellos.

Quizá fuera una apreciación suya, pero tuvo la impresión de que estaba escuchando la conversación, ya que su empeño era excesivo en sacar lustre a la mesa en cuestión.

Pol, siguiéndole la comedia, manifestó:

—Lo que puedes hacer para infundirte ánimos es ingerir un poco de esta bebida. Resulta muy sabrosa.

Sí, eso tendré que hacer.

Thomas, al coger la botella, reconoció al instante que se trataba de las mismas que él vio sacar a través de aquella puerta.

Se sirvió en un vaso e hizo como si ingiriera un sorbo, cuando en realidad lo único que efectuó fue mojarse la punta de la lengua para saber el gusto que tenía.

Notó algo raro que no pudo definir. No obstante, confirmó las palabras de Pol:

—En efecto, tienes razón. Va muy bien al paladar.

De soslayo, observó a la camarera hacendosa, pareciéndole descubrir en ella una sonrisa de complacencia.

Esta, a los pocos segundos, abandonó su tarea, pero siendo reemplazada por un camarero.

Le asaltó la sospecha que estaba sometido a vigilancia, y para cerciorarse de ello, manifestó:

—Perdonad un momento. Vuelvo en seguida.

Lynda le miró decepcionada, y hasta le dijo, un poco molesta:

—Te advierto que si tardas mucho ya no te espero y me meto en el agua.

—Espérame. Ya he dicho que vuelvo en seguida.

Se fue hacia su habitación y el camarero, con disimulo, siguió sus pasos.

Ya no le cabía la menor duda, y si con ello no bastara, pudo constatar que sus ropas habían sido registradas y, por cierto, por mano experta.

Un profano en la materia no se hubiera dado cuenta de ello, puesto que nada le faltaba, mas para Thomas saltó inmediatamente a la vista sólo ver su indumentaria.

Menos mal que no llevaba encima documentación por la que pudieran identificar su personalidad.

Tendría que andar con pies de plomo. Estos hechos le confirmaron su sospecha de que allí se encerraba algo turbio, que muy bien podría constituir la clave de la muerte prematura de jóvenes.

CAPÍTULO III

Tal como prometiera a Lynda, no tardó envolver.

Pol seguía con ella y con los vasos llenos de aquella bebida, por lo que dedujo Thomas que ya debía ser el segundo o tercero que habían ingerido.

—Ya me tienes aquí dispuesto al remojón.

—Pues en marcha, que ya lo has dilatado bastante —indicó Lynda, levantándose.

Thomas no pudo sustraerse a la perfección de su figura y por unos momentos se le quedó mirando con fijeza.

Mas luego, siguiendo en su papel de poco dado a la natación, inquirió, dirigiéndose a Pol:

—¿Tú no vienes...? No es por nada, pero así al menos podría contar con una ayuda más eficaz.

Lynda casi se indignó:

—¿Es que pones en duda mis facultades? No te preocupes, hombre, que no te ahogarás.

—Bueno, bueno... Más vale tomar precauciones que luego lamentar no haber recurrido a ellas. ¿Vienes, Pol?

Este, interiormente, se deshacía de risa. No obstante, le contestó:

—No, no voy, pero puedes estar tranquilo, que yo vigilaré desde aquí.

Lynda ya se había metido en el agua y Thomas, cogiendo su vaso, lo miró y brindó:

—¡Por ella!

De un sorbo, apuró su contenido, y acto seguido corrió hacia el agua, que al contacto con ésta se fue de bruces, con gran hilaridad de Lynda, que acudió en su auxilio.

Pero la realidad fue que Thomas se dejó caer con toda intención, para expulsar el líquido que retenía en su boca sin que fuera visto.

Se levantó con el rostro chorreando, y cuando Lynda pudo dominar su risa, le reconvino:

—No hay que precipitarse de este modo. Las cosas se tienen que tomar con calma. Mira, tienes que hacerlo así.

Thomas trataba de imitar los movimientos de su improvisada monitora, y cada vez el agua les iba cubriendo más.

—Muy bien, esto está estupendo...

El fue a hablar, dejando de bracear, y como es lógico, se hundía.

Se asió a Lynda, a la que mantenía muy apretada.

La joven, expeliendo buches de agua, logró decir:

—No, así no... Suéltame y mueve los brazos...

Pero Thomas representaba muy bien el papel de principiante, y no se separaba de ella, poniéndola en un gran aprieto.

Thomas se encontraba muy divertido por su travesura, y al mismo tiempo complacido de la proximidad femenina.

Inesperadamente, Lynda flexionó las piernas, apoyó los pies en el pecho de Thomas y, dando un fuerte impulso, se separó de él.

Thomas, muy en su papel, braceaba desordenadamente y en ocasiones se hundía, para volver a emerger.

Lynda trataba de alcanzarle, pero cada vez estaba más lejos y notaba que sus fuerzas le abandonaban.

El instinto de conservación le indicó que volviera a tierra, y seriamente comenzó a temer por la vida de Thomas.

Intentó gritar en demanda de auxilio, pero la voz no le salía, y bastante hacía por imprimir movimiento a sus brazos, que le pesaban como barras de plomo, e ir acercándose a la orilla.

Cuando, extenuada, llegó junto a Pol, encontró a éste medio amodorrado.

Le sacudió por un hombro, al tiempo que pudo balbucear, angustiada:

—Thomas... Thomas se está ahogando...

Pol entreabrió los ojos y con una sonrisa de quien ha ingerido una gran dosis etílica le contestó:

—No te preocupes...

La muchacha quiso protestar indignada, pero unido al gran cansancio que se había apoderado de ella, un repentino sueño le hizo cerrar los párpados, reclinando la cabeza contra el respaldo del asiento que ocupaba.

Pol todavía alcanzó a ver a Thomas haciendo la comedia de que no sabía nadar, pero lo que ignoraba era la realidad de lo que estaba sucediendo.

Thomas, en principio, estuvo tomándole el pelo a Lynda, pero a partir de cuando la joven le separó, notó que algo o alguien le acechaba entre aguas.

Primero notó un roce en su pie y posteriormente un agarrón que le arrastró al fondo.

Como pudo, se libró y emergió para llenar sus pulmones de aire, que, debido al inesperado tirón, le pilló a media capacidad.

Luego fue él mismo quien se zambulló para tratar de averiguar a qué era debido aquello.

Aunque la luz del día ya declinaba, pudo ver a través de las transparentes aguas a un hombre rana con equipo de aire y todo.

Trató de evitar el encuentro, pero el otro también le había visto, y al ir provisto de aletas, le iba ganando terreno.

Ascendió a la superficie para librarse de aquel que puso bien en claro sus intenciones.

Thomas creyó que le habían dejado tranquilo, mas este hecho le demostraba que aquella gente no se fiaba e iban a eliminarle o bien pretendían apresarle, aunque esto último ya tuvieron ocasión de llevarlo a efecto.

Estos pensamientos hicieron que redoblara sus esfuerzos para alcanzar un lugar firme.

El sitio que le caía más cerca eran unas rocas situadas a su derecha, y con potentes brazadas, hacia ellas se dirigió.

Estaba a punto de alcanzarlas, cuando de nuevo se sintió sujeto por los, pies y arrastrado al fondo.

Le dio tiempo de efectuar una profunda inspiración, y se dejó llevar para luego arremeter contra su aprehensor con todas sus fuerzas.

Este no cedió, y le arrastraba más y más hacia el fondo de la rada.

Thomas, en uno de tantos golpes, le alcanzó en pleno rostro, y por un momento cedió en su presión.

Aprovechó el instante para arrebatarle la mascarilla de aire de su rostro y contrarrestar de este modo su manifiesta superioridad.

Al contacto directo con el agua, el atacante reaccionó y entablaron una lucha feroz por la posesión de la mascarilla.

Thomas notó una punzada en un brazo y comprobó que aquel individuo blandía un machete.

Pudo cogerle el brazo armado, y se lo retorció con energía por la muñeca, logrando hacérselo soltar, y el arma blanca se perdió en la profundidad.

Posteriormente le atacó por la espalda y con las piernas le trabó por la cintura, y cruzando los pies por delante, comenzó a apretar con toda la fuerza de que era capaz.

El así sujeto trataba de librarse de aquella presa de hierro, que le daba la impresión de que iba a partirlo en dos.

Pero Thomas no se mantuvo inactivo. Pasó las manos y brazos por las axilas del atacante y, entrelazando sus dedos tras la nuca de éste, le imprimió un movimiento seco para imposibilitarle.

El efecto fue inmediato. Notó cómo la resistencia del atacante cedía ostensiblemente.

Los pulmones de Thomas estaban a punto de estallar, su capacidad, se agotaba, pero sabía que en igualdad de condiciones tenía más probabilidades de triunfo si resistía un poquito más.

En seguida que notó aquel cuerpo inconsciente, se apoderó de la mascarilla y renovó el aire enrarecido de sus pulmones, y fue recobrando la energía que la lucha le había restado.

Trató de orientarse hacia donde habían quedado las rocas, y en inmersión fue nadando, arrastrando el cuerpo exangüe de su contrincante.

Llegó hasta ellas, y una vez allí trató de reanimar al que ahora era su prisionero, aplicándole la mascarilla de aire. Pero éste ya no la admitía. Auscultó su corazón, y había dejado de latir. El hombre rana había muerto.

Con tal incómoda compañía, todavía se mantuvo un buen rato bajo del agua, por considerar que todavía había claridad y el utilizar el equipo del muerto le permitiría estar oculto todo el tiempo que considerara conveniente.

Cuando calculó que la ocasión era propicia, emergió con cuidado la cabeza, y a no mucha distancia de donde estaba divisó una

pequeña lancha ocupada por un hombre, deduciendo que su actitud era la de espera.

Esto le contrarió, pero acto seguido recapacitó, decidido a culminar su plan.

Al amparo de las rocas, y no sin gran esfuerzo, procedió a desposeer de su equipo al muerto y colocárselo él, al tiempo que su bañador lo cedía al cadáver.

Una vez efectuada esta operación, dejó en libertad aquel cuerpo inanimado, que desapareció fantasmagóricamente en las profundidades.

Con una triste sonrisa, Thomas le deseó:

—Que descanses, muchacho...

Ya había oscurecido bastante, y se decidió a comprobar si aquél estaba aguardando el regreso del hombre rana.

En un principio, nadó sigilosamente, y cuando estuvo al alcance de la embarcación, hizo más ruido para que se enterara el que estaba a bordo.

En efecto, no se había equivocado en el supuesto, ya que el ocupante de la misma se aproximó a la borda para ayudarle a subir, al tiempo que preguntaba:

—¿Eres tú, James?

Thomas, adquiriendo una afonía imprevista, para disimular su voz, contestó:

—Sí, yo soy.

Una vez arriba, el otro volvió a hablar:

—Me tenías preocupado. Has tardado más de la cuenta.

—La cosa no ha sido tan fácil como suponía. Era fuerte el individuo ése, y se ha defendido como un jabato hasta que ha sucumbido.

—¿Qué te pasa que estás afónico? ¿No te prueban las aguas?

Concluyó riendo en la última pregunta.

—No es eso. Lo que sucede es que ese fulano me ha cogido del

cuello y por poco me estrangula. Hay que ver cómo apretaba el condenado...

—Bueno, el caso es que la misión está cumplida y ya no meterá más las narices donde no le importa. Ahora vámonos y te vistes, no vayas a resfriarte.

Puso el motor en marcha y la embarcación se deslizó por las tranquilas aguas en cuyo seno se desarrolló aquella tragedia en que la supervivencia de dos hombres estuvo en juego.

Pero en vez de poner proa hacia la orilla, se dirigió a la salida de la rada, y por un estrecho formado por dos peñascos, desembocaron a un embarcadero que permanecía completamente oculto a la otra parte de la rada.

Una vez amarró la embarcación el que patroneaba la misma, le invitó:

—Vamos. En cuanto te hayas vestido, vas a por las ropas y efectos de ese individuo. Lo lanzas todo al crematorio y que no quede ni rastro de él. ¿Entendido?

—De acuerdo.

Thomas, entretanto, se fue desprendiendo de las aletas, y una vez en tierra firme, se le presentó el problema de no saber adónde dirigirse para cambiarse como el otro le dijo.

Optó por seguirle, pasando ante varias dependencias, y al cabo de un rato, el otro le recordó:

—¿Pero qué haces? ¿No te he dicho que te cambies?

—¡Ah, sí!... Ya no me acordaba. Estaba pensando en ese pobre muchacho... Me siento como enfermo.

—¿Se te está reblandeciendo el corazón a estas alturas? No me hagas reír, James.

El que le hablaba retrocedió dos pasos y le abrió una puerta, diciéndole:

—Anda, métete y cámbiate de una vez; de lo contrario sí que te sentirás enfermo, pero será de pulmonía.

Thomas se congratuló que su estratagema le saliera a la perfección, puesto que, estando aquel individuo presente, la situación

le resultaba muy comprometida.

Se introdujo en la reducida estancia, y en un compartimento habían unas ropas.

Le asaltó la duda si aquéllas pertenecerían al que suplantaba, y comprobando que se hallaba completamente solo, procedió a un rápido registro.

La seguridad la obtuvo al hallar, entre sus efectos, un brazalete en que estaba grabado el nombre de James seguido de unos números y letras: H-52-21-E.

Con cierta aprensión, procedió a colocarse aquellas ropas, y sin olvidarse del brazalete.

Al ponerse éste, recordó que el que estaba en la lancha también llevaba uno, lo que le hizo suponer que aquello constituía un distintivo especial, como un salvoconducto para circular por aquellos lugares.

Si era así, muy pronto lo sabría, puesto que tenía que cumplir lo que el otro le indicó.

En esta ocasión, su instinto de orientación le ayudó mucho, pues pensó que aun con dar una gran vuelta con la lancha, las instalaciones principales, donde estaban alojados los excursionistas, no quedarían muy lejos.

Por lo tanto, se dirigió hacia la puerta, que por su situación debía ser el camino más corto que le comunicara con la otra parte.

Al ir a empujar, ésta se abrió por sí sola, antes de que llegara a tocarla.

Esto, en otro lugar, no le hubiera llamado la atención, puesto que existían muchos sistemas, tanto mecánicos como eléctricos, que facilitaban esta labor; pero allí, que al parecer todo se controlaba, forzosamente debía obedecer a una causa concreta.

Otra puerta encontró en su camino, y ya no hizo mención de abrirla, puesto que esperaba que lo hiciera por ella misma, como, en efecto, así fue.

Entonces ya no le quedó la menor duda de la causa por la que las puertas habían franqueado su paso sin él tenerla que accionar.

Cuando se colocó el brazalete con nombre y clave del que

suplantaba, notó que el metal no era corriente, debía tener una aleación especial, así como la hebilla del cinturón, que muy bien pudiera albergar un emisor que, complementado por el brazalete, originara un campo magnético que actuara sobre determinado mecanismo de apertura.

Siguió su camino por aquel largo y ancho pasillo con puertas a ambos lados.

Por allí no encontró a nadie, y luego de torcer un ángulo que formaba el mismo, ya reconoció el lugar. Estaba al final. Aquel tramo pertenecía al mismo donde fue interceptado por el camarero.

Casi se rió e interiormente se dijo:

«Tanto jaleo y tanta vuelta para llegar adonde ya había estado...»

La puerta también le franqueó el paso por sí sola, y una vez en el exterior, quedó más tranquilo. Aquél ya era terreno conocido.

Le extrañó una circunstancia muy peculiar: el que no viera a nadie por allí; las mesas desiertas, las luces apagadas, salvo algunas de tenue intensidad distribuidas estratégicamente...

Y el caso era que todavía faltaba mucho para la media noche, y lo lógico sería que todos ellos estuvieran dados a sus diversiones favoritas.

Se fue hacia el interior del edificio, donde estaban las habitaciones, y concretamente a la suya, con la esperanza de encontrar a Pol.

Abrió la puerta con propia mano, al comprobar que carecía de sistema de apertura, y lo hizo con sigilo por si su amigo estaba descansando.

Le dio la sensación de que estaba vacía, puesto que no se oía respiración alguna.

Encendió una de las luces indirectas, propias de dormitorio, y...

¡ Allí no había nadie!...

CAPÍTULO IV

Sólo encontró sus ropas y efectos, los que recogió, haciendo un paquete con todo ello.

Después apagó la luz por oír voces en el pasillo.

Uno decía:

—No, esa habitación ya está vacía.

—¿Quieres decir?

—Sí, hombre, sí... Únicamente quedan las ropas del curioso y seguramente ya se habrán hecho cargo de ellas.

—Y ahora, ¿qué nos falta?

—Lo mejor, idiota. ¡Las chicas, y hay cada una que para qué...! ¡Lástima que encarguen de vestirlas a las camareras!...

Las voces se fueron alejando pasillo adelante, y Thomas, inmediatamente, pensó en Lynda.

Cayó en la cuenta aquello de vestirlas, puesto que la mayoría de ellas iban con su respectivo bañador.

Dejó entreabierta la puerta, lo suficiente para espiar lo que sucedía por allí.

A poco oyó pasos y vio a dos que transportaban una camilla de ruedas y en ella un cuerpo tapado y con su equipaje debajo de la misma.

Como es natural, la vaga esperanza que le quedaba de que hubieran organizado alguna salida conjunta, se desvaneció.

Por las formas del cuerpo, adivinó que se trataba de una mujer la que llevaban.

Más tarde, otra camilla y otra, primero de vacío y

posteriormente ocupada.

Decidió averiguar adonde las llevaban, y aprovechando que en aquellos momentos no pasaba nadie, salió de la habitación que ocupara conjuntamente con Pol, llevando el paquete debajo del brazo.

En vez de dirigirse hacia la salida, lo efectuó en sentido opuesto, precisamente hacia donde llevaban las camillas ocupadas.

Todavía alcanzó ver a los últimos que se introducían por una abertura y luego se corría un panel, quedando la pared lisa, como si allí no hubiera pasadizo alguno.

Por detrás de él oyó voces. Con avidez, miró si encontraba algún lugar donde ocultarse, sin que descubriera nada apropiado.

Ya no podía retroceder; de hacerlo, podía levantar sospechas.

Sólo le quedaba una vaga esperanza: la de que aquel panel tuviera también el mismo sistema que las puertas.

Se fue directamente hacia allí, y cuando estaba a un paso de aquella pared, comenzó a deslizarse el panel que ocultaba el paso secreto.

Dio un respiro de alivio y se introdujo por el corto pasillo que quedó al descubierto, desembocando en una gran nave donde habían aparcados varios vehículos terrestres, todos ellos colectivos.

Sin ser visto, se metió por detrás de la fila que éstos formaban, y en uno de ellos, precisamente el que trasladó a todos los componentes de la excursión, en el maletero ocultó sus ropas.

Desde allí pudo observar, relativamente tranquilo, cómo aquella comitiva de camillas se introducía en otro pasadizo, por el cual se divisaba campo abierto, o por lo menos existía una claridad natural.

Salió de su improvisado observatorio y, con toda naturalidad, se dirigió hacia el pasadizo, en medio del cual se cruzó con un hombre que iba en dirección contraria, que le recriminó:

—¿Qué haces tú por aquí? Anda a echarles una mano. ¿No ves el trabajo que hay?

Sin contestarle, Thomas apresuró los pasos y vio varias camillas, y cómo una de ellas era subida por una rampa a una astronave aparcada en aquel espacio que le venía justo a sus enormes dimensiones.

Ayudó a subir una de las camillas y se introdujo en el interior del vehículo espacial.

Dejó que el que formaba pareja con él fuera delante. De este modo le conduciría al lugar donde debería dejar el cuerpo que la ocupaba.

El que iba delante se paró al poco rato en una plataforma, dejó la camilla y, dando media vuelta, le dijo:

—Vamos a por otra. No te quedes ahí parado; de lo contrario no vamos a terminar nunca.

Las luces tenues que allí imperaban favorecían a Thomas para no ser reconocido.

La circunstancia de que no hubiera alarde lumínico era fácil de adivinar. De este modo no llamaban la atención ante posibles miradas indiscretas.

Bajaron la rampa para luego volverla a subir, llevando otra camilla.

Su pareja también se colocó delante, y Thomas comprobó que no lo hacía por dirigirle, sino por conveniencia, ya que de este modo apenas si hacía fuerza, y el trabajo se lo cargaba todo el que iba detrás.

Thomas, sin que nadie le viera, levantó la tela que cubría el cuerpo que transportaban.

En la penumbra que imperaba, más bien adivinó que vio que aquel rostro pertenecía a Lynda, dormida apaciblemente y con un ritmo de respiración acompasado.

La misma operación de antes, de la plataforma no pasaban.

En esta ocasión se rezagó un poco, aun exponiéndose a que el otro le llamara la atención, y alcanzó a ver cómo la plataforma descendía con su carga al fondo de la nave.

—¡Eh, venga!... ¿Qué te pasa? ¿Te estás durmiendo?

Thomas trataba de encontrar rápidamente un medio para escabullirse de tan engorrosa compañía, y ante las palabras apremiantes del improvisado compañero, se le ocurrió la idea, replicándole:

—Claro, como tú vas delante y no haces nada de fuerza, por eso tienes tanta prisa, gandul.

—¿Gandul yo...? ¿Qué te apuestas que yo solo me subo una?

—Ni soñarlo. Sólo tienes facha, pero de fuerza, ni pizca. Tienes miedo de herniarte.

—Ahora mismo lo verás. Tú una y yo otra. A ver quién llega antes.

—Hecho —contestó Thomas.

Según había calculado éste, sólo quedarían dos camillas para subir, y se las compondría de forma para ser el último.

Tuvo buena psicología al espolear el amor propio de aquel individuo, que reaccionó tal como esperaba.

Efectivamente, sólo dos camillas quedaban, de las que ambos se hicieron cargo.

Aquel brutote arremetió con la que le vino más cerca, y con ímpetu comenzó a subir la empinada rampa con tal fuerza, que de poco se sale de la misma.

La verdad era que por el que la llevaba no le importaba, sino las consecuencias que pudiera tener quien la ocupaba.

Thomas le siguió, retrasándose en la ascensión, como si le pesara mucho y apenas pudiera con la carga.

Esto dio tiempo a que el otro regresara, y con tono triunfante le manifestó:

—¿Has visto, muñeco? Para que aprendas a no meterte con los mayores.

Thomas, como quien no puede con la fatiga, le rogó con voz entrecortada:

—Ayúdame un poco...

—Ya te las arreglarás tú sólito. Yo ya he hecho todo mi trabajo y me voy a dormir, nene.

Precisamente era esto lo que buscaba Thomas, que le dejara solo.

Una vez depositó la camilla en su lugar correspondiente, retrocedió unos pasos y por una de las puertas que vio abierta se ocultó en aquel compartimiento.

No lo consideraba muy seguro, pero para el momento le bastaba. Lo que pretendía era permanecer en la nave, averiguar adonde habían conducido a sus compañeros de excursión y para qué fines se los llevaban.

Aunque la astronave despegó silenciosa y con suavidad, Thomas se apercibió de ello.

Su suerte estaba echada: ya no podía abandonarla, y voluntariamente se había unido al incierto viaje que pudiera depararles a Lynda, Pol y demás compañeros.

Su impaciencia por averiguar adonde estaban confinados sus amigos le obligó a abandonar la estancia que le había servido de refugio.

Encontró unas escalerillas que conducían a la planta inferior y por ellas descendió.

Ya abajo, un amplio rellano del que partían dos pasillos con puertas al fondo.

Se decidió por el de la derecha, y ya estaba a punto de alcanzar la puerta, cuando ésta se abrió, apareciendo una muchacha con uniforme de enfermera.

Se sobresaltó, pero ya no había escapatoria alguna, por lo que caminó con tranquilidad aparente, aunque sus nervios estaban tensos a más no poder.

A la muchacha no pareció extrañarle su presencia, y es más: le saludó con una inclinación de cabeza con cierta deferencia.

El correspondió ligeramente al saludo, dando en una despejada estancia, luego de que hubo traspasado el marco de aquella puerta.

En ella habían varias literas, todas ellas ocupadas por los chicos componentes de la excursión, incluyendo a Pol.

Se acercó a éste, puesto que allí, fuera de ellos, no había nadie más, y lo examinó.

Estaba durmiendo plácidamente, y entonces le vino a la mente el gusto raro que encontró a aquella bebida que no ingirió. Se trataba de

un narcótico de efectos duraderos; de ahí que indefectiblemente se encontraran en idénticas condiciones todos aquellos que lo habían ingerido y la única excepción fue el propio Thomas.

Existía una separación que dividía la estancia en dos. Imaginó que al otro lado estarían las muchachas, más sus intenciones se vieron refrenadas al oír pasos.

Se ocultó en un armario estrecho y alto que estaba al lado de la litera ocupada por Pol, dejando una rendija por donde poder ver.

Apareció un hombre de su estatura de cuyo cuello pendía un aparatito, un fonendoscopio, por lo que vio más tarde.

Pero lo que más le maravilló fue que al ver el rostro de aquel individuo era como si se contemplara en un espejo. Eran tan parecidos como si se tratara de hermanos gemelos.

Ahora se explicaba el porqué del saludo amable de la enfermera…

Observó cómo fue auscultando a cada uno de los que yacían en su respectiva litera, y cuando terminó su trabajo, pasó al compartimiento de al lado, donde suponía que estaban las chicas.

Se revistió de paciencia y no tuvo más remedio que esperar a que aquel doctor, por lo menos eso parecía por sus funciones específicas, abandonara el lugar para proseguir en su investigación.

Cuando le vio pasar de nuevo, se fijó con mayor atención y por segunda vez se convenció, por rara coincidencia de la naturaleza, que eran idénticos en cuanto a facciones y constitución corporal.

Se dijo:

—¡Vaya!… Mira por dónde me he encontrado con un hermanito gemelo…

Nada más desaparecido «su hermanito», pasó a la otra parte en que estaba dividida la estancia, y no se equivocó al suponer que allí estarían las chicas.

Buscó a Lynda y la encontró muy bonita incluso durmiendo. Le dio unos golpecitos en la mejilla y por toda respuesta únicamente meneó un poco los labios, esbozando una sonrisa, para luego seguir sumida en su sueño.

Fueron inútiles todos los intentos que llevó a cabo para que

reaccionara, y tuvo que convencerse de dejarlo por imposible, puesto que ignoraba cuánto les duraría el efecto y cuál podría ser el correspondiente antídoto.

No se dio cuenta que una joven, también con bata blanca, se aproximaba a él, y le preguntó:

—¿Algún problema, doctor Alex?

Casi dio un salto del susto que recibió, pero con sangre fría cogió la muñeca de Lynda y al cabo de un momento contestó con naturalidad:

—No, no. Todo va bien.

—¿Qué dosis les aplicamos?

—La de costumbre.

—Gracias, doctor.

La enfermera se dirigió a una vitrina en la que estuvo manipulando, y posteriormente, provista de vasos, un frasco y unos comprimidos, comenzó a hacerlos ingerir a las muchachas.

Observó cómo a la primera que se lo había dado mostraba síntomas de salir del sopor en el que estaba sumida.

Notó que un gran peso se le quitaba de encima por autorizar aquello ignorando de qué se trataba, para qué era y las consecuencias que pudieran derivar de su aplicación.

Simuló reconocer a otra muchacha, para luego encaminarse al refugio del armario.

Comprobó que, más tarde, la enfermera prosiguió con su reparto de comprimidos y dosis de líquido entre los muchachos, y una vez terminado su trabajo, se fue de la estancia, llevándose consigo la bandeja con lo que le había sobrado.

El enigma persistía, sin poder descifrar el porqué de aquel misterioso viaje.

CAPÍTULO V

Seguramente, el cansancio le venció y se quedó dormido.

Sobresaltado, se despertó al oír voces, y por un momento estuvo a punto de delatar su presencia, al reconocer la voz de Lynda, que llamó:

—¡Thomas!... ¿Ya no me conoces? Creí que...

Una voz desconocida le contestó:

—¿Decía, señorita...?

—Venga, déjate de bromas y ceremonias.

—Le aseguro que no acostumbro a gastarlas.

Thomas miró al exterior, y toda aquella estancia se había convertido en un confortable salón, similar al del hotel.

Las literas habían desaparecido, y ahora eran mullidos asientos los que las reemplazaban. Otro tanto había sucedido con la divisoria, que no existía.

Por ello pudo ver a Lynda, que estaba hablando con su «hermanito», y casi le cogió risa por la situación.

También vio a Pol, que estaba contemplando la escena con sonrisa de complaciente complicidad.

Lynda buscó con la mirada a alguien, y al localizar a Pol, le preguntó:

—Oye... ¿es éste Thomas o no?

—¿No has oído que no? Pues no debe serlo —le contestó Pol, sonriendo.

—Bueno, ya está bien. Lograrás que me enfade, Thomas.

—Señorita, una vez más le digo que no sé de qué me habla. Le ruego que se calme.

Y dándole una palmadita en la espalda, se fue hacia una puerta, por la que desapareció.

Lynda se había quedado confusa, ocupando de nuevo su asiento.

Thomas estuvo contemplando a todos, y resultaba curioso que no demostraran inquietud alguna por lo que les había sucedido e incluso ignorar que estaban en el aire.

Claro que esto último, de no haber entre ellos un conocedor de la materia, era comprensible que les pasara por alto, pues la realidad era que no se notaba movimiento alguno.

De haber hecha acto de presencia en aquellos momentos, la confusión entre ambos hubiera sido enorme.

Tentado estuvo de hacerlo, pero en aquellos momentos aparecieron unas camareras con alimento y bebida.

Sobre todo se fijó en la bebida, más concretamente con las botellas. Estas eran idénticas a las servidas en el hotel y, por lo tanto, sospechó que igualmente contenían el narcótico.

Fervientemente, deseó que ninguno de sus compañeros de viaje probara aquel líquido.

Pero su deseo no pasó de ser eso. Todos, sin excepción, ingirieron el contenido de aquellos recipientes que tan bien sentaba al paladar.

Pudo observar que en esta ocasión los efectos fueron más rápidos.

Comenzaron a dar síntomas de modorra, y al cabo de poco, nuevamente estaban durmiendo como troncos.

Se indignó por tal procedimiento. No alcanzaba a comprender por qué les despertaron para luego volverles al estado anterior. La única explicación que cabía era la de que tomaran alimento.

Por lo visto, ésta no era la única explicación, puesto que pudo apreciar que la astronave iba en descenso, y cómo fueron introduciendo en aquella estancia tantas camillas como personas dormidas habían.

Como ya sabía el camino, en un momento que se le presentó propicio salió de su escondite y ascendió al piso superior, para ocupar el mismo lugar que cuando se introdujo de polizón.

La astronave ya había tomado tierra, y comenzaron a aparecer camillas ocupadas por los cuerpos de los excursionistas.

Al lado de una de ellas, acompañándola, pasó su doble, el llamado doctor Alex, que descendió también por la rampa de desembarco.

Pensó dejar pasar un tiempo prudencial para abandonar la nave, y aprovechando un lapsus en que no había nadie para recibir las camillas de la plataforma, se colocó al lado de una de ellas y le cogió la muñeca como si estuviera comprobando el curso de su pulso.

Aparecieron los encargados de trasladarlas y no mostraron extrañeza de verle allí, y que al hacerse cargo de la misma él caminara a su lado.

Antes de llegar a la rampa, se cruzó con una enfermera, con aquella que le saludó en el pasillo, y se quedó un poco parada, mas luego le sonrió y prosiguió su camino.

Esta circunstancia puso en guardia a Thomas, y no supo si debía atribuirlo a que ella se había dado cuenta de la duplicidad de caracteres o simplemente que estuviera enamorada del doctor Alex.

Sea lo que fuere, no podía echar a correr y averiguarlo; tenía que seguir en su papel de suplantación.

Descendieron por la rampa, cubrieron el espacio desde la nave a un túnel practicado en la misma roca, luego una puerta y desembocaron a un salón.

Se quedó casi parado. Aquel salón era una fiel reproducción del mismo que había en el hotel adonde llegaron e idéntico al que estaba en la propia astronave.

Se repuso de la sorpresa y ayudó a posar en una butaca a «su paciente».

Por rara coincidencia, éste se trataba de la propia Lynda.

Frente a cada butaca estaban las bandejas de servicio en sus correspondientes mesitas, y con lo mismo que habían dejado de tomar.

Dejó a Lynda sentada en su asiento, en compañía de los demás, y

salió al exterior del hotel.

Quedó maravillado. La misma panorámica que el lugar donde llegaron, idénticas distribuciones de las instalaciones recreativas, fachada, jardines, rada…

Aquello era para volverse loco. De no haber estado consciente y al corriente de cuanto había sucedido, no notaría ni la más mínima diferencia.

Como quien no lo hace y con toda naturalidad, se hizo un recorrido por aquel lugar, y como ya conocía su distribución por el lugar donde estuvieron primero, supo evitar aquellos sitios en que sabía reservados a la servidumbre.

Llegó un momento en que incluso dudó si el equivocado era él mismo y habían vuelto al punto de partida.

Pero existía un absurdo. De ser así, ¿por qué aquel viaje con la astronave? Y más que todo, ¿por qué convertir la estancia de tal astronave en un salón idéntico al del hotel?

* * *

Más tarde pudo comprobar el comportamiento de sus compañeros de excursión. Se desenvolvían como si nada hubiera sucedido.

Esto le explicaba en parte el porqué del salón en la nave, para que cayeran en el engaño, en caso de hallarse conscientes, de que estaban en el mismo sitio, dejando aparte los efectos que ejercitaran en sus mentes el narcótico ingerido.

Thomas tuvo buen cuidado de reservarse una muestra del licor contenido en las botellas, un par de comprimidos que les suministraban para salir del sopor, así como un frasco del líquido con que acompañaban al comprimido.

Muy cerca de donde él estaba pasó su «hermanito», el doctor Alex, y tuvo que volverse con disimulo para que éste no descubriera el parecido que ambos tenían.

Se le presentaba el problema de tener que ocultarse, además del «hermanito», de Lynda y de Pol, que eran los que más le conocían.

Referente a los demás componentes del hotel, procuraba pasar desapercibido, y sólo estar atento a las andadas del doctor Alex, para no coincidir en el mismo lugar.

Una voz de hombre le sorprendió en aquel sitio solitario donde se encontraba y que le servía también como punto de observación:

—Alex, te encuentro un tanto preocupado.

Reaccionó y se hizo el extrañado:

—¿Yo…?

—Sí, tú. No lo niegues. Te confesaré que yo también lo estoy. Sospecho que algo turbio se llevan entre manos. De veras que me arrepiento de haber firmado ese contrato, aunque la remuneración no esté mal.

—Sí, es verdad. Pagan bien —contestó Thomas, procurando no comprometerse a nada.

—Te envidio, chico… Tú, al menos, vas y vienes a la otra parte, y aunque limitada tu libertad de acción, ya cambias de ambiente…

—Claro, claro…

—Sin embargo, yo, aquí me tienes confinado, teniendo que recibir órdenes y preparar durante cinco días a la «nueva remesa», como les denomina el tipo ese que lleva la batuta en todo esto.

Thomas dejaba hablar a su muy locuaz comunicante, estando atento a cuanto le pudiera servir de información.

Iban paseando por aquel sendero solitario del jardín, y su improvisado confidente siguió:

—Esta noche sales de nuevo con una expedición de regenerados

Interiormente, se alegró de esta circunstancia, ya que haría los posibles para incluirse en la expedición.

Siguió el otro, preguntando:

—¿No te extraña que a nosotros, como médicos, no nos permitan el acceso a los quirófanos?

—Sí, resulta raro.

—¡Y tanto…! ¿Sabes lo que te digo? Que llego a dudar de sus

procedimientos. Bien es verdad que los análisis dan positivo como que se entregan a las drogas, pero, si como dicen, su sistema operatorio es tan sencillo como eficaz que ya no vuelven a las andadas, ¿por qué no lo divulgan y de este modo arrebatar al vicio de las drogas a gran cantidad de desgraciados que inconscientemente se encaminan a una muerte segura?

—Sí, tienes razón...

—Mira, yo voy más lejos. Estos individuos que nos tienen contratados me da la impresión que se lucran de lo lindo y de ahí que guarden su secreto tan celosamente.

—Podría ser..., podría ser...

—¡Claro que puede ser!... Bueno, y todo esto que quede entre nosotros.

—Descuida.

—Y ahora me voy. Tengo mucho trabajo. Ya nos veremos en otra ocasión, Alex.

—De acuerdo —le contestó Thomas, con entera naturalidad.

Cuando se quedó solo, estuvo meditando las palabras de «su colega» y, sobre todo, en aquellos cinco días que se necesitaban para someterlos a una operación.

Pero... ¿de qué tenía que ser la operación? Sin duda, aquel compañero de Alex ignoraba el procedimiento previo a que eran sometidos.

Que él supiera, ninguno de los componentes de la excursión presentaban síntomas de ingerir drogas. En cambio, el espontáneo confidente dijo que los análisis daban positivo; luego, por lo tanto, aquello debía ser a consecuencia del licor suministrado.

Su mente daba vueltas a otra pregunta:

—¿Por qué esta comedia de que son drogadictos y hay que regenerarlos...?

CAPÍTULO VI

Logró evitar encuentros que pudieran resultarle perjudiciales y permaneció muy atento a los movimientos que se produjeran aquella noche.

Más tarde pudo comprobar que, en efecto, el compañero de Alex no había mentido.

Camillas ocupadas eran trasladadas a la astronave, y el auténtico doctor Alex, también se dirigió a la misma.

Dejó transcurrir un tiempo prudencial, y aprovechando un momento en que no se veía a nadie por allí, subió a bordo.

Iba a alcanzar el departamento que le servía de refugio, cuando la enfermera aquella le salió al paso.

Le miró y, extrañada, no pudo contenerse de preguntarle:

—Doctor Alex, hace un momento le he dejado en el piso inferior. ¿Cómo se las ha compuesto para estar aquí con tanta rapidez?

Por lo poco que pudo observar al doctor Alex, dedujo que éste no era amigo de bromas y tampoco muy locuaz, por lo que le contestó:

—Creo que esto no es de su incumbencia. Limítese al cumplimiento de las obligaciones inherentes a su cargo.

La muchacha se quedó un poco entrecortada, logrando balbucear un:

—Perdone...

Y prosiguió su camino, al parecer no muy convencida.

Thomas también simuló seguir el suyo, pero en cuanto la enfermera desapareció de su vista, dio media vuelta y se introdujo en aquel departamento.

Tuvo buen cuidado de no olvidarse de las muestras que había recogido y ocultarlas en un lugar que le fuera fácil su recuperación en caso de emergencia.

En aquel lugar había una escotilla por la que podía ver el exterior. Decidió que en esta ocasión no saldría de allí para tratar de descubrir el camino que seguía la astronave.

Esta no tardó en elevarse, y por la posición de las estrellas, Thomas fue prefijando la ruta que seguían.

El viaje de regreso fue mucho más rápido que el de ida, deduciendo que esto sería por no necesitar ya una preparación de los que llevaban en las camillas.

También cayó en la sospecha que un complejo no estaba muy lejos del otro, y el prolongar más o menos el viaje obedecería a un plan preconcebido.

Aterrizaron todavía de noche, y como ya le resultaba conocido el terreno que pisaba y los trabajos que iban a realizar, se mezcló entre los que trasladaban las camillas, teniendo buen cuidado de evitar un encuentro con aquel que le desafió, puesto que también se encontraba allí.

Al descender por la rampa de desembarco, observó más vigilancia que cuando partieron.

Alcanzó a oír a uno de los que formaban un grupo de tres hombres:

—Tú eres el único que le puede reconocer, y ten presente que con ello va tu vida.

El otro protestó:

—¿Cómo voy a reconocer a un individuo equipado de hombre rana y viéndole en la oscuridad?

—Pues ya has oído la sentencia que pesa sobre ti.

—Esto no es justo...

Ya no pudo escuchar más, puesto que se distanciaba del que le precedía, y esto podía resultar peligroso.

Llevó al ocupante de la camilla a una habitación, depositándolo en la cama.

Comprobó que se trataba de una muchacha joven y bastante bonita.

También se confirmó su sospecha de que se hallaría narcotizada, puesto que dormía plácidamente.

No se entretuvo más, y salió de la habitación con la camilla vacía para depositarla junto a las demás.

Por lo que escuchó, le fue fácil adivinar que por cualquier circunstancia habían descubierto el engaño y que el muerto no era precisamente Thomas Ward.

Se dirigió a donde estaban aparcados los transportes colectivos y buscó aquel en donde ocultó sus ropas.

Estas permanecían intactas en el lugar destinado a equipajes.

Las dejó en el mismo sitio. La posibilidad de haber dado con sus ropas era muy remota, puesto que lo lógico era que se apoderaran de las mismas.

En aquellos momentos le vino a la mente la puerta aquella en la que escuchó que debían sacrificar a la camarera. Tenía la vaga esperanza de poderse enterar de algo.

Ya estaba llegando, cuando oyó pasos y voces, y sin pensarlo dos veces, se introdujo en una habitación contigua a la puerta que le interesaba.

Para su suerte, ésta estaba vacía y pudo escuchar perfectamente cómo aquella comitiva se introducía por la puerta que a él le interesaba.

Oía voces, pero no con la claridad como para enterarse de lo que hablaban.

Pegó el oído a la pared que le separaba de la otra habitación, y fue variando de posición para hallar una audición perfecta.

Al llegar al fondo de la estancia, en su afán de poderse enterar de cuanto pudieran hablar, con sorpresa comprobó que parte de la pared se ponía en movimiento, dejando un espacio suficientemente holgado para permitir el paso de una persona.

Se miró el brazalete y se dijo, recordando sus íniciales y guarismos:

—Gracias, H-52-21-E.

Nada más traspasar el hueco que había quedado en la pared, ésta volvió a su posición primitiva.

Le fue fácil comprender que el pasadizo secreto en donde se hallaba debía ser por el que salieron aquéllos con la camarera, y de ahí que no les viera aparecer por la puerta.

Decidió encaminarse hacia su derecha, y a los pocos pasos que hubo dado, se encontró con que el pasadizo estaba interceptado.

No se inmutó por ello, y siguió adelante, seguro de que le sería franqueado el camino, como, en efecto, fue de este modo.

Nada más abrirse aquel panel, las voces llegaron a él con más claridad, y pudo captar la voz antipática de aquel que sentenció a la camarera.

—¿Estás segura de que el comportamiento del doctor Alex ha sido un tanto raro?

—Sólo puedo decir que en seguida me lo encontraba en una parte como en otra, al igual que con bata o sin ella.

De donde se encontraba Thomas, una estancia contigua a la que se celebraba aquella reunión, reconoció la voz femenina como perteneciente a la enfermera que en varias ocasiones se dirigió a él.

—Está bien. Traer a ese doctor Alex, y tú te puedes ir, muchacha.

Se oyó el cierre de una puerta y luego se escuchó de nuevo la voz antipática:

—Y tú fíjate bien. Si le reconoces te encargarás de su eliminación, y en esta ocasión no consentiré errores. Responderás con tu vida.

A estas palabras no hubieron comentarios, y no pasó mucho tiempo en que se oyó la puerta de nuevo y uno que decía:

—Aquí le tiene.

—¿Es usted el doctor Alex? —inquirió la voz antipática.

—Sí, yo soy —contestó el doctor.

—¿Qué cometido específico se le tiene asignado?

—El de permanecer al cuidado de los enfermos que se trasladan.

—¿Todo su tiempo ha estado al lado de ellos?

—Así es.

—¿Podría justificarlo?

—Pero…, oiga. ¿Es esto un interrogatorio?

—Puede acogerlo como quiera, pero conteste a la pregunta, doctor.

—Mi contrato me liga únicamente al campo profesional, y considero que esto es más bien una cuestión personal.

—Doctor, le voy a hablar con claridad. Si se niega a contestar, lo único que logrará es empeorar su situación. ¿No ha investigado por su cuenta lugares que están prohibidos?

A lo que Alex contestó con otra pregunta:

—¿Cree usted que me queda tiempo para investigar en mis funciones de acompañante de viajeros?

—Como esta circunstancia la ignoro, de ahí que le haya formulado la pregunta.

—En vez de hacer preguntas tontas, ¿por qué no se ha molestado en aclararlo entre el personal al servicio de la astronave?

—No tengo por qué darle explicaciones, doctor, pero ya lo he hecho y el resultado ha sido que su conducta en las últimas horas ha sido un tanto rara.

—Si llama rareza al cansancio que llevo encima…

—¡Basta ya de palabrerías! Tú, ¿es ése el individuo que llevaste contigo en la lancha?

Se produjo un silencio expectante, al cabo del cual contestó titubeante:

—Pues no sé… Su estatura parece igual, pero… no puedo asegurarlo.

Otro silencio, en esta ocasión más breve, y el de la voz antipática dijo inesperadamente:

—Doctor Alex se le acusa de haber asesinado a un hombre.

El aludido contestó extrañado:

—¿Yo...? No me haga reír. ¿Y quién ha sido mi víctima?

Por lo visto, aquel individuo quería saber si ante tal acusación, por la forma de reaccionar, sacaba algo en claro, pero ante una nota que le pasaron, manifestó:

—Nadie. Puede volver a su trabajo.

Tras una breve pausa, se le oyó de nuevo:

—No puede ser ese doctor, ya que, según este comunicado, justifica en qué ha empleado sus horas.

—Entonces, si no es él ¿quién puede ser?

—En ocasiones dudo que tengas algo dentro de tu cabeza. ¿Crees que, de saberlo, todavía andaría suelto? Comunica que extremen la vigilancia en la devolución de los recuperados. Yo partiré al otro complejo para proseguir en aquel lugar mis investigaciones.

A Thomas le llamó la atención aquello de «que extremen la vigilancia en la devolución de los recuperados».

Todavía pudo escuchar cómo transmitían las órdenes dadas por aquel que debía tener un cargo importante en todo aquello.

CAPÍTULO VII

Por el movimiento del personal, de una forma discreta, pudo averiguar el lugar donde se efectuaba el reconocimiento a los recuperados.

Pudo ver que los jóvenes recuperados de ambos sexos pasaban ante una pantalla e invariablemente, en la zona donde estaba situado su corazón, aparecía un punto oscuro del tamaño de un botón corriente.

Luego se les entregaba una ficha con la que iban al vehículo colectivo. La ficha era revisada por uno, el cual les conducía al asiento asignado.

Los asientos se iban ocupando y allí no había fórmula de poderse introducir por la vigilancia extremada que se estaba ejerciendo.

Previamente había adquirido una maleta, en donde introdujo sus ropas y las muestras que había logrado, y con ella en la mano, con toda naturalidad, la llevó al vehículo, depositándola en el lugar destinado a equipajes.

Al volverse, se dio de lleno con aquel que le llevó con la lancha, y por su expresión notó que sospechó algo.

No le convenía quedarse allí parado por si se suscitaba alguna conversación de la que pudiera dar la alarma a los demás.

Dio media vuelta y se fue hacia el otro extremo de la fila de vehículos, donde no había nadie.

El otro le siguió, y cuando estuvo a cubierto de las miradas de los demás, contuvo los pasos para que le alcanzara.

Cuando estuvo a su altura, le preguntó:

—Oye. ¿Nos hemos visto en otra parte?

—Puede ser —le contestó, lacónico, Thomas.

—¿Eres nuevo aquí?

Thomas no sabía qué contestarle, y lo hizo con otra pregunta:

—¿A qué viene tu interrogatorio?

—No sé, pero me da la impresión que tú y yo hemos estado juntos. ¿Cómo te llamas?

—Me estás resultando muy curioso y, según tengo entendido, los curiosos se suelen encontrar con dificultades.

Ante las palabras de Thomas, el otro se contuvo, pero inesperadamente le cogió por la muñeca, donde llevaba el brazalete,

con intención de leer la inscripción.

Thomas, de un tirón seco, se desprendió de aquella garra que le sujetaba, al tiempo que decía:

—Amigo, me están cargando tus impertinencias.

—¿Sí…? Pues a mí me carga tu silencio. ¿Por qué no me contestas a mis preguntas?

—Por la sencilla razón de que no me apetece satisfacer tu curiosidad.

—Pues me vas a obligar que utilice otros medios.

Y uniendo la acción a sus palabras, le largó un directo que Thomas esquivó con facilidad, propinándole a su vez un golpe en el estómago.

Aquél lo acusó tenuemente, y se lanzó en tromba contra Thomas.

Este retrocedió unos pasos para esquivarlo, al tiempo que le fue propinando unos golpes.

Pero aquel individuo era fuerte y resistía como un condenado.

Llegaron al cuerpo a cuerpo, y en uno de los forcejeos, el brazalete de la muñeca de Thomas se desprendió, cayendo en el suelo.

El otro, al verlo, se lanzó para recogerlo y leer el nombre que allí figuraba.

Con el en la mano, miró con odio a Thomas, al tiempo que desenfundaba un cuchillo y mascullaba:

—Conque tú eres el asesino de James… Ya decía yo que te había visto en alguna parte. Te juro que la afonía que vas a tener va a ser para una eternidad.

Y blandiendo el cuchillo, se lanzó de nuevo contra Thomas con intención de hundirlo en su cuerpo.

Thomas le cogió por el brazo armado y se lo retorció, y el atacante se vio obligado a dar una voltereta en el aire para evitar que le fracturara el brazo.

Pero no soltó su única arma. Se levantó en seguida, empeñado en herir a su contrincante.

Thomas, en su esfuerzo de derribarle de nuevo, resbaló y el otro, como un rayo, cayó sobre él, dirigiendo el cuchillo hacia su pecho.

Thomas se ladeó y el arma se clavó en el suelo, circunstancia que aprovechó para propinarle un fuerte golpe en el mentón del que llevaba intenciones asesinas.

Apenas si acusó el golpe, y nuevamente la mano armada iba hacia su pecho.

La sujetó por la muñeca con todas sus fuerzas, y una lucha sin cuartel se estableció en el forcejeo de contener aquella hoja afilada en su mortal trayectoria.

Parecía que el momento fatal había llegado ante la proximidad de aquella punta.

Sacando fuerzas de flaqueza, Thomas hizo una contorsión con su cuerpo, logrando derribar a su atacante a tiempo que le asestaba un fuerte golpe en la nuca.

En esta ocasión, el efecto fue inmediato. Cayó pesadamente de bruces y el cuchillo que todavía mantenía en su mano y sujeto por la de Thomas fue a clavarse en el mismo corazón del atacante.

Sólo se le oyó un gemido, para quedar inerte a continuación.

Thomas, aspirando profundamente, lo volvió boca arriba y vio cómo la sangre comenzaba a manar, empapando las ropas alrededor del mango.

Miró a su alrededor por si alguien había presenciado la lucha.

Afortunadamente para él, en aquel lugar no había nadie, y con rapidez cogió de nuevo su brazalete perdido y se lo colocó.

Luego, cargó con el cuerpo pesado de su contrincante y lo ocultó en el último vehículo.

Tenía que llamar la atención del modo que fuere para que descuidaran el estrecho control que se ejercía sobre los recuperados.

Con agilidad, preparó dos electrodos, que conectó en el depósito de combustible, de forma que al poner el motor en marcha, el mismo depósito actuara de condensador y que al acumular un exceso de electricidad, se produjera la chispa de fuga y en consecuencia se inflamara el combustible con la consiguiente explosión del mismo.

Una vez concluido el trabajo, dio el contacto al motor y comenzó a funcionar.

Acto seguido, se alejó cuanto pudo para salvaguardarse de los efectos de la explosión y al mismo tiempo hallarse lo más próximo posible al vehículo ocupado por los recuperados.

Se originó un estallido terrible, acrecentado todavía más debido a aquel recinto abovedado.

En los primeros momentos, todos se quedaron parados por la sorpresa, y luego, al divisar las llamas, imperó una gran confusión.

Por doquier se oían gritos y órdenes.

Este instante fue aprovechado por Thomas para introducirse en el compartimiento destinado a equipajes.

Cuando llevó su maleta, comprobó que tendría suficiente espacio para él.

Entretanto, afuera seguían los gritos. El fuego había prendido a otro vehículo y una nueva explosión se dejó oír.

—¡Sacad todos los vehículos; de lo contrario volaremos con ellos! —se escuchó gritar a alguien en medio de la confusión.

Otra voz más próxima preguntó:

—¿Ya estás completo?

—Sí.

—Pues en marcha, antes que sea tarde. Aquí no haces más que estorbar.

—De acuerdo.

Thomas notó cómo el vehículo se ponía en movimiento, primero lentamente para luego ir adquiriendo más velocidad.

Antes de abandonar aquel lugar, a través de una rendija, Thomas pudo ver que del vehículo que provocó la explosión, sólo quedaba un montón de hierros retorcidos.

Con esto había logrado un doble objetivo, el introducirse en el lugar que ocupaba y el hacer desaparecer el cuerpo de su atacante.

Por los vaivenes, supo que estaban remontando el acantilado de

sinuosa carretera.

Al poco rato el vehículo se detuvo.

Thomas pensó:

«El control de salida.»

No se equivocó. Uno preguntaba al conductor:

—¿Qué ha pasado ahí abajo?

—Han estrellado dos coches.

—¿Hay víctimas?

—Por ahora no, pero si no logran sofocar el incendio no te extrañe que veas volar todo el complejo.

—¿Tan grave está la cosa?

—Como te digo.

—¡Qué barbaridad...! ¿Me das el visado?

—Toma.

Un silencio en la conversación y unos pausados pasos, por lo que dedujo Thomas que estaría contando a los viajeros.

Las palabras que oyó a continuación se lo confirmaron:

—Perfecto, coinciden las plazas que me han anunciado. Sólo falta comprobar el equipaje.

El corazón de Thomas se encogió. El había tenido la precaución de formar una pared con las maletas para permanecer oculto tras ellas, pero si les daba por revisarlas todas, estaba perdido.

Oyó cómo levantaban la tapa del compartimento de equipajes y abrían una malea, luego otra y otra...

De seguir así, pronto darían con él.

Pero la voz del conductor, que inconscientemente se erigió en su salvador, al decir bajito para que no se enteraran los viajeros qué transportaba:

—Hombre, ya está bien y no me hagas perder más tiempo. Ardo en deseos de llegar cuanto antes a mi destino. Me espera una chica, ¡y

qué chica...! Se me hace la boca agua sólo de pensar en el momento...

—Lo siento, pero tengo órdenes muy severas y he de mirarlas una por una.

—Anda, déjate de pamplinas. Ya han sido revisadas allá abajo y no he parado en todo el trayecto.

—De todos modos, tengo que hacerlo.

—¡Cuidado que eres cabezota...! Adelante, sigue con tu trabajo, pero aprisa. Ahora, que a mí no me pidas un favor en tu cochina vida.

Thomas hasta contenía la respiración para no delatar su presencia y los músculos los tenía sometidos a una tensión terrible.

El otro depuso su actitud, manifestando:

—Bueno, no te enfades... Dejaré de hacerlo si me prometes decir, en caso de que te pregunten, que las he mirado todas.

—Sí, hombre, sí. Y no diré ninguna mentira. ¿Las ves...? Pues asunto concluido.

Y acto seguido retumbó la tapa al dejarla caer.

Thomas suspiró aliviado y sus músculos se relajaron por completo cuando el vehículo reanudó la marcha e incluso se concedió el lujo de echar una cabezadita.

CAPÍTULO VIII

Se despertó sobresaltado al notar que el vehículo se paraba.

Pensó si habían llegado a su destino y se enfadó consigo mismo

por dejarse vencer por el cansancio, diciéndose:

—Tendría maldita gracia que luego de haber conseguido salir de allí, me atrapen ahora.

Sus temores se desvanecieron casi en seguida, al captar la voz del conductor que anunciaba:

—Vamos a parar diez minutos para refrescar a cuenta de la casa.

Casi en tropel, entre risas y habladurías, desalojaron el vehículo para encaminarse hacia el bar.

Acto seguido y en forma sigilosa, se levantó un poco la tapa del porta maletas y cuando tuvo la certeza de que nadie podía verle, Thomas abandonó el lugar y con una maleta en su mano.

Se dirigió hacia la cabina pública del video-teléfono y marcó un número.

En el acto apareció en la reducida pantalla el rostro del jefe del Departamento de Defensa Humana, Stephen Earl, quien exclamó:

—¡Ya era hora…! ¿Dónde diablos te has metido, Thomas?

—Es largo de contar, jefe. Lo que urge es que dé las órdenes oportunas para tener controlado en todo momento un vehículo colectivo, cuyas características le voy a adelantar.

Le fue citando el color, marca, matrícula y sin omitir cualquier detalle que ayudara a una perfecta identificación.

—Está bien, Thomas. ¿Lo detenemos?

—De ninguna de las maneras. Nos interesa especialmente su punto de destino, en cuyo lugar se montará una estrecha vigilancia.

—De acuerdo. ¿Dónde estás?

—En el aparcadero número cuatro de la ruta X-505.

—¿Mando a por ti?

—Sí, por favor. Y lo antes posible.

—Conforme. Thomas, ¿te encuentras bien?

—Perfectamente.

—Pues hasta luego. Me voy a ocupar de tus encargos.

—Hasta luego, jefe.

Al cortar la comunicación la pantalla se oscureció y Thomas, desde un lugar discreto estuvo vigilando y esperando a que vinieran a por él.

Apenas habían pasado unos minutos, cuando aparcó un vehículo corriente, sin distintivo alguno por el que se le pudiera identificar.

Sin embargo, los faros emitieron un destello corto, uno largo y otro corto.

Era la señal de identificación únicamente conocida por los pertenecientes a aquel cuerpo especial del Departamento de Defensa Humana.

Thomas se acercó y únicamente citó las íniciales:

—DDH.

Los ocupantes del vehículo, un muchacho y una muchacha de agradable presencia, le sonrieron.

—Hemos recibido órdenes de recogerte. Esta es Mary y yo Robert.

—Tanto gusto. Yo, Thomas.

Mientras, Thomas introdujo su maleta en el coche y se sentó en la parte posterior.

El muchacho inclinó la cabeza agradeciendo la presentación, y la chica manifestó:

—Encantada. ¿Es ese colectivo el que hay que controlar?

—En efecto, Mary, ése es.

La muchacha presionó a un pulsador y de la parte delantera del coche, precisamente en el lugar donde estaba emplazado un faro central, se descorrió la pantalla que lo cubría. Aquello no era, ni más ni menos, que el objetivo de una cámara de televisión a color.

En el salpicadero un monitor de reducidas dimensiones se iluminó, teniendo enfocado al vehículo colectivo.

Cogió un diminuto micrófono y anunció:

—¡Atención, jefe DDH! ¡Atención, patrullas DDH! En «telón»

descripción «felino».

En su código sabían que «telón» se refería a pantalla televisión y «felino», vehículo a controlar.

Mientras, el coche que ocupaba Thomas con sus compañeros se movía de un lado a otro, como si el que lo pilotaba hallara dificultades en efectuar el aparcamiento apetecido, para más tarde dirigirse a otro lugar que caía en la parte delantera del vehículo colectivo donde existía un amplio espacio para maniobrar a gusto del conductor.

La realidad fue que encuadraron al vehículo en cuestión de todas partes para que no existiera confusión alguna, al tiempo que las imágenes eran registradas para poderlas pasar cada patrulla en caso de duda.

La muchacha volvió a coger el micro y preguntó:

—¿Registrada emisión?

Desde el jefe a la última patrulla, fueron contestando afirmativamente, dando por finalizada la retransmisión con un:

—¡Corto!

Thomas tomó la palabra, indicando:

—Robert, voy a quedarme aquí con Mary. Quiero que registre en pantalla a todos los ocupantes. Te vas al bar a tomar algo y cuando se vayan, regresas para emprender el camino.

—De acuerdo. Así lo haré.

Thomas ocupó el asiento delantero que había dejado vacío el agente Robert y se colocó de espaldas al vehículo colectivo para evitar un posible reconocimiento.

El que pasara por allí y les viera, lo más seguro es que sonreiría al pensar que cualquier lugar es aprovechable para conjugar el verbo amar.

Las medidas adoptadas por indicación de Thomas Ward, dieron el resultado apetecido.

El vehículo colectivo rindió ruta en una de las tantas agencias de viaje existentes en la ciudad.

Thomas se encontraba con su jefe Stephen Earl, al que terminaba de informar de cuanto había visto y sucedido, cuando les

dieron la noticia.

El jefe del DDH ordenó:

—Que se mantenga esa agencia en continua vigilancia; que se controle a cuantas personas entren o salgan y por descontado se investigue discretamente sobre el personal y muy especialmente a quien está al frente de la misma.

Cortó la comunicación para dirigirse a Thomas:

—Bueno, ya tenemos localizado el primer eslabón, ahora sólo es cuestión de seguir la cadena y esto sería fácil de estar los restantes eslabones engarzados.

—Desde luego. No nos queda más remedio que ir buscándolos y unirlos. Como primera providencia giraré una visita por la agencia en cuestión.

—¿Para qué? Lo pueden hacer otros. Tú ya has bregado bastante en esto, Thomas.

—No es que me oponga a sus órdenes, señor, pero a ser posible me gustaría hacerlo personalmente.

—¿Y si por una de esas casualidades te reconocen?

—Ya había pensado en ello y recurriré al socorrido disfraz. Suele dar buenos resultados.

Stephen Earl miró con orgullo a su subordinado por el que sentía el afecto de un padre y no pudo contenerse de manifestar:

—Eres como yo cuando tenía tu edad. Nos gusta, cuando empezamos una cosa, terminarla por nosotros mismos.

—Exacto, señor. Eso quería decirle. No es que con ello ponga en duda la eficacia de mis compañeros, es simplemente para tranquilidad de mí mismo y no tener remordimientos posteriores de si eso o de aquello.

—Te comprendo perfectamente, Thomas. Ya te he dicho que somos iguales profesionalmente.

—Me honra mucho, señor.

Y cambiando de conversación, puesto que las adulaciones más o menos veladas le molestaban, continuó:

—Lo que más me urge es el resultado de los análisis de las muestras que he traído, sobre todo del licor narcotizante y el antídoto correspondiente para anular sus efectos.

—Descuida, me interesaré personalmente y en cuanto lo sepa, te comunicaré los resultados.

—Gracias, señor. Y ahora, con su permiso, voy a prepararme para efectuar la visita a la agencia de viajes.

—De acuerdo. Ya sabes que, en caso necesario, puedes recurrir a los agentes que montan la vigilancia.

—No me gustaría tener que hacerlo. Levantaría la caza y nos interesa que se mantenga quietecita.

Y con estas últimas palabras salió del despacho de su superior, para encaminarse hacia la estancia especial de disfraces.

Más tarde salió de allí un Thomas completamente desconocido. Daba la impresión que se trataba de uno de tantos jóvenes despreocupados dados a la vida fácil de diversión, poder gastar sin importarles la procedencia del dinero, puesto que conseguía cuanto quería a costa de su familia acomodada.

De este modo registraron los agentes al personaje que terminaba de entrar en la agencia que mantenían bajo vigilancia.

Thomas, con desenfado estuvo examinando la propaganda que allí se exhibía.

Una muchacha de buena presencia se le aproximó:

—¿Desea algo en concreto?

—Pues... Somos una peña de amigos y tenemos proyectado efectuar una excursión de unos dos o tres días.

—¿Tiene idea adonde les gustaría ir?

—Pues no, no hemos concretado y me han delegado para que decida sobre lo que puedan ofrecerme.

En aquellos momentos se aproximó un hombre a la muchacha y dirigiéndose a Thomas, le manifestó:

—He oído decirle que no tiene un lugar determinado adonde ir. ¿Desea algo normal o fuera de lo corriente?

—Me inclino por lo fuera de lo corriente, de lo contrario cargaré con las indirectas de la cuadrilla.

—¿Para cuándo desean efectuar la excursión?

—Pues a ser posible, mañana. Es la fecha que nos acomoda a todos.

—¿Tiene la bondad de venir conmigo?

Y le invitó a que pasara a su despacho particular.

Una vez sentados, le preguntó:

—¿Edad de los que quieren efectuar la excursión?

A Thomas le chocó la pregunta, pero se abstuvo de manifestarlo. Contestó:

—En consonancia con la mía.

—¿Todo hombres?

—También muchachas.

El individuo aquél consultó un documento que tenía ante él y que Thomas, por más esfuerzos que hizo por enterarse de su contenido, no lo logró.

Al cabo de un rato le expuso:

—He estado examinando si había algún hueco en donde acoplarles. Afortunadamente podemos poner a la disposición de ustedes un vehículo durante esos tres días.

—Vaya, menos mal. Por un momento creí que no iba a poder ser.

—En cuanto al lugar, le recomiendo nuestro complejo en el acantilado de la costa Este. Es un lugar de ensueño y muy propio para personas jóvenes.

Para Thomas, las últimas palabras que pronunció le sonaron muy significativas o por lo menos así se lo pareció.

Removió en uno de los cajones, para luego mostrarle unas vistas.

—Observe esto.

A Thomas no le sorprendió que se tratara del mismo complejo

que él había logrado abandonar, pero tuvo que disimular.

—¡Oh, esto es maravilloso! Pero resultará muy caro, no todos están en disposición de efectuar un gran dispendio.

—Está en un error, señor…

—Taylor —le dio el primer apellido que le vino a la mente.

—Pues como le decía, señor Taylor. Tenga en cuenta que ese complejo es propiedad de la agencia y una vez amortizado, nos permite competir ventajosamente sobre los demás lugares. Usted mismo puede constatar los precios.

Le dio una relación de precios y, en efecto, el del complejo del acantilado resultaba mucho más económico que todos los demás.

Thomas, con la precipitación de quien ha descubierto una ganga y teme que se la puedan quitar, dijo:

—Decidido, pues, no hay más que hablar. Estoy seguro que nada podrán decir contra mí.

—Puede estar tranquilo a ese respecto.

De nuevo Thomas captó aquellas palabras en segunda intención.

Luego de concertar el número de plazas y hora de salida, Thomas no quiso precipitarse a concertar en firme la excursión, por lo que le dijo:

—Mire, como antes, lo he de consultar con los de la peña, ¿por qué no me deja las vistas esas?

—¡Cuánto lo siento, señor Taylor! Me resulta imposible por ser las únicas que dispongo y todavía no me han mandado las reproducciones que tengo solicitadas.

—¡Vaya…, sí que es lástima! De todos modos, a última hora le contestaré.

—Si me deja su dirección o de la peña, uno de mis agentes pasará a saber la contestación.

—No es necesario. Yo mismo le llamaré.

—Hágalo, por favor, puesto que en caso negativo podría emplear el vehículo en otros menesteres.

—Descuide que le llamaré con lo que haya.

—Gracias, señor Taylor.

Y le acompañó hasta la misma puerta.

Los agentes apostados también tomaron buena nota de esta circunstancia e incluso su presencia quedó captada en una cámara de televisión.

CAPÍTULO IX

Del resultado de aquella visita informó a su jefe, lo que confirmó que iban por buen camino.

Thomas postergó la confirmación de la excursión por estar supeditado al resultado del análisis de las muestras entregadas.

Fue el mismo jefe de laboratorios quien le informó:

—En efecto, el licor contiene un narcótico, más bien diría un hipnótico, puesto que sume en un sueño profundo a quien lo ingiere y ciertos narcóticos sólo producen un amodorramiento o cierta insensibilidad.

—¿Y los comprimidos?

—Los comprimidos son precisamente el antídoto, pero mezclados con una droga que a quien los toma les da la sensación de una continuidad del escenario o ambiente en que estaba antes de sucumbir en el sueño hipnótico.

—Lo que me temía —aseveró Thomas, preguntando a continuación—: Y esta droga de sucesión o continuidad de ambiente,

¿no puede tener alguna derivación en la psicosis del individuo?

—En efecto, sí la tiene y mucho. Le predispone a aceptar todos los hechos como naturales y obedecen las indicaciones que se le hagan con cierta persuasión.

—¡Ya...! ¿Y el frasco con que acompañaban la ingestión del comprimido?

—No es, ni más ni menos, que un fijador de los efectos de la droga que contiene el comprimido.

—Perfecto, ya sabemos todo esto. ¿Has logrado algo para contrarrestar todos sus efectos?

—Naturalmente. Siguiendo tus instrucciones y trabajando a marchas forzadas, aquí tienes lo que me has pedido.

Y el jefe de laboratorios le entregó a Thomas una caja conteniendo los más diversos objetos, desde estilógrafos a llaveros, pasando por toda la gama de útiles femeninos y masculinos, con la particularidad que cada uno de los objetos albergaban tres diminutas lentejuelas.

—Con uno solo de estos comprimidos, prácticamente contrarrestará todos los efectos, aunque se ingiera en cantidad el hipnótico o la droga de continuidad de ambiente y su fijador. No obstante, para mayor seguridad, la dosis será uno semanal.

—¿Seguro que podemos estar tranquilos con el potingue que has preparado?

Inquirió Thomas medio en serio y medio en broma al jefe de laboratorios.

—Completamente. Puedes estar tranquilo, de lo contrario te autorizo a que me rompas la cara.

—Mal lo podré hacer si antes me rompen la mía —le contestó Thomas, humorístico.

* * *

Antes de dar una contestación afirmativa a la agencia, Thomas Ward, convocó a toda su sección y les expuso sus planes, concluyendo:

—Ya sabéis mi norma cuál es. Quien no se halle en predisposición de aceptar el riesgo, mejor es que se quede. Soy del parecer que quien no está conforme es fuente de discordias y por consiguiente el acarrear problemas. Cada cual que deposite su voto. Primero, las damas.

Fueron desfilando las muchachas, que muy pizpiretas en sus andares, depositaron su voto e invariablemente se escucharon silbidos admirativos a medida que cada una caminaba por el pasillo central del amplio salón de conferencias perteneciente a la sección.

Luego lo hicieron los muchachos y entonces fueron ellas quienes con silbidos exagerados les obsequiaron.

Posteriormente, Thomas hizo el recuento y todos, sin excepción, querían ir con él.

Ocultó su emoción por tal resultado y manifestó simplemente:

—De acuerdo, cada cual que prepare su equipaje, sin olvidarse de recoger su objeto preferido de uso personal y lo más importante, a medida que paséis os tomaréis un comprimido de los que aquí tengo preparado. Las dosis que contiene cada objeto, serán a razón de un comprimido por semana.

Y dando el ejemplo él primero, ingirió una lentejuela de aquéllas a tiempo que se guardaba un llavero.

Fueron pasando chicas y chicos y el sobrante también fue distribuido, puesto que Thomas había pensado en los que quedaron allí, muy especialmente en Lynda y en Pol.

Inmediatamente que supo la unánime conformidad de su sección, se puso en comunicación con la agencia especificando el número de plazas y hora en que tendrían que estar allí para iniciar la excursión.

—De acuerdo, señor Taylor. Muchas gracias por su atención y le aseguro que quedará contento por su elección.

—Así lo espero, por mis amigos y por mí mismo.

Le contestó Thomas un tanto irónico al jefe de la agencia en cuestión y al que le dio el apellido de Taylor.

A la mañana siguiente, en hora muy temprana, se produjo una

gran conmoción entre los ocultos vigilantes del DDH al comprobar el movimiento inusitado que había en la agencia que mantenían bajo su control.

Estuvieron a punto de dar la alarma a su jefe Stephen Earl, pero se tranquilizaron al reconocer que algunos de ellos pertenecían al Departamento.

El mismo encargado de la agencia estuvo presente para desearles una buena estancia y sin más dilación partieron hacia aquel «maravilloso complejo».

En el vehículo colectivo todo era alegría y perfecta armonía entre los jóvenes de ambos sexos que lo ocupaban, representando muy bien su papel presidido por la despreocupación y unas ansias locas por pasarlo bien.

Pero la realidad era muy otra. Cada uno o una de los excursionistas, no perdía detalle por donde iban e incluso dieron muestras de admiración en el momento de desembocar a la sinuosa carretera del acantilado.

Al llegar al complejo les dispensaron una afable acogida con todo el servicio pendiente de ellos.

En las mesitas habían bebidas refrescantes y luego, más tarde, fueron reemplazadas por las botellas de licor que tan bien conocía Thomas.

El sistema se repetía.

Todos ingirieron de aquel licor e incluso lo ponderaron en más de una ocasión.

Las atractivas camareras iban y venían desviviéndose en atender a los clientes, sobre todo a los chicos.

Thomas pensó que no era posible que ellas estuvieran enteradas de lo que servían, de su contenido narcotizante.

Thomas Ward era el que controlaba el tiempo y a una señal convenida ya de antemano, tanto las chicas como los muchachos, comenzaron a simular los efectos que la bebida les hubiera producido de no haber tomado con antelación el antídoto correspondiente.

Cuando estaban «sumidos en profundo sueño», comenzaron el traslado a sus respectivas habitaciones, donde fueron vestidos los que se colocaron el bañador y recogidos sus efectos personales en sus

correspondientes maletas o carteras de viaje.

Con las muchachas sucedió otro tanto, «atendidas» por personal femenino.

Thomas había prescindido del bañador para no dar lugar a que pudieran descubrir su caracterización en el papel de señor Taylor, tal como figuraba en la lista de excursionistas.

La inactividad y la impaciencia le estaba consumiendo, pero no le quedó más remedio que esperar en su habitación para ser trasladado.

Se le antojó que ya tardaban más de la cuenta, cuando notó cierto movimiento en el pasillo.

En efecto, a poco aparecieron dos hombres con una camilla, quienes cogiendo a Thomas por los pies y por debajo de los brazos, le depositaron con muy poca delicadeza en la camilla que llevaban consigo.

Posteriormente le taparon con una sábana, sacándole de la habitación que ocupaba.

Thomas se las compuso de forma y manera para poder ver y comprobó que una fila de camillas le precedía, efectuando el recorrido que de antemano ya conocía.

Al pasar por la amplia dependencia donde estaban aparcados los vehículos colectivos, todavía pudo ver los hierros retorcidos de aquellos que se incendiaron.

Posteriormente les pasaron al espacio libre donde esperaba la astronave y a la que fueron subiéndoles y depositándolos en la plataforma que les conduciría al piso inferior.

Hasta pasado un buen rato que llevaban volando, no apareció el serio doctor Alex, su «hermanito» de antaño, acompañado de la enamoradiza enfermera, la que puso en aprietos a Thomas.

Les administraron los comprimidos acompañado del líquido de los frascos, para más tarde convertirse la primitiva enfermería o dormitorio en el correspondiente salón.

El comportamiento de ellos fue perfecto. Siguieron al pie de la letra las instrucciones dadas por Thomas Ward y nadie pudo sospechar que se hallaban insensibles a los efectos que pudieran producir aquellos productos químicos.

Lo primero que hizo Thomas al llegar al otro complejo, fue interesarse por el paradero de Lynda y de su amigo Pol, así como los otros componentes de la primera excursión.

Pero allí no se veía a nadie, como si se los hubieran tragado.

En un momento en que estuvo seguro de que no podían vigilarle, le comunicó a Robert, el que le seguía en jerarquía:

—Los de la otra excursión han desaparecido y sospecho que no han salido de este lugar. Que cada uno se dedique a averiguar su paradero.

—Está bien, Thomas. Transmitiré tus órdenes.

A poco toda la sección estaba enterada y por más que se propusieron aclararlo, no sacaron nada en limpio.

No por ello Thomas cejó en su empeño. Tenía el convencimiento pleno que de allí no habían salido y por lo tanto estarían en alguna parte.

CAPÍTULO X

Al anochecer se introdujo, sin ser visto, en la zona donde únicamente se permitía la estancia al personal del complejo.

Su fino oído captó una conversación no muy lejos de donde estaba y por el tono de voz, quienes fueren, no les interesaba que se enteraran de cuanto pudieran hablar entre ellos.

Con toda clase de precauciones para no ser descubierto, se aproximó a aquellos que estaban en tan confidente coloquio.

Ya les podía escuchar perfectamente:

—Te lo advertí en nuestra última conversación. Aquí se llevan algo raro.

—Pues, que yo recuerde, es la primera noticia que recibo de ti.

—¿Quieres decirme con ello que no estuve hablando contigo antes de que emprendieras el viaje?

—No es que quiero decirlo, sino que lo afirmo rotundamente.

—De no conocerte un poco, diría que estás bromeando, Alex.

—En efecto, sabes que soy enemigo de las bromas.

—Entonces..., de no haber hablado contigo, ¿con quién lo hice?

—Eso, tú sabrás.

—Pues era una persona clavada a ti.

—¿Qué dices...?

—Alex..., me parece que me he metido en un lío y de los gordos. A alguien he hecho unas confidencias que no debiera.

—Vayamos por partes... ¿Dices que hablaste con uno que se parece a mí?

—Como una gota de agua.

—¡Ya...! En ese caso, ahora puedo explicarme muchas cosas —manifestó Alex pensativo.

—¿El qué, si se puede saber?

—Una de las chicas y un muchacho de la expedición anterior, me confundieron con un tal Thomas. La enfermera que tengo a mi servicio, me ha hecho preguntas raras. Y hay más, en el otro complejo me acusaron de haber asesinado a un hombre y tuve que ponerme serio y casi mandarles al cuerno para disuadirles.

—¡Atiza...! Pues la cosa se complica y las consecuencias que de ello deriven, pueden resultar funestas para mí.

—¿Por qué?

—Pues por descubrir mis sospechas, exponer nuestra, mejor dicho, mi disconformidad en la limitación de funciones.

—Si hasta el presente no te han molestado, puedes tener la seguridad que quien sea, le conviene callar.

—Estás muy seguro de ello, pero a mí no me llega, como dirían nuestros antepasados, la camisa al cuerpo y no estaré tranquilo hasta que abandone este infernal lugar que me está pesando como el plomo. Te aseguro que a la primera ocasión me largo.

—No harás tal cosa. Sabes bien que tenemos establecido un contrato que nos ata de pies y manos y el rescindirlo por nuestra cuenta podría traemos consigo la inmediata inhabilitación. ¿Y qué harías entonces?

—Lo que fuere, cualquier cosa con tal de no estar bajo los efectos de esta continua zozobra.

—Recapacita un poco, Richard. Si llevas a la práctica lo que piensas, lo más probable es que complicaras más las cosas.

Thomas Ward creyó que era el momento de intervenir y así lo

hizo:

—Perdonen que me inmiscuya en su conversación, pero no he podido evitar el enterarme de lo que han estado hablando.

La sorpresa de Alex River y la de Richard Tracy, fue mayúscula, así como la inesperada reacción de ambos.

Tanto el uno como el otro, le miraron como quien no da crédito a lo que está viendo o escuchando, para inmediatamente, puestos de tácito acuerdo, lanzarse contra el intruso.

Fue tan rápida su conjunta acción que a Thomas le pilló desprevenido la avalancha de golpes que se le vino encima.

La réplica por parte de él fue inmediata y a los golpes recibidos contestó con otros sin que le diera tiempo a justificarse.

Los dos doctores eran jóvenes y fuertes como él, pero Thomas, más experto en estas lides, logró mantenerlos a raya.

La lucha se desarrollaba en el más completo silencio turbado únicamente por los golpes secos que lograban llegar a su destino.

En un momento en que Thomas logró mantenerlos a distancia, como consecuencia de su contundente réplica, exclamó con el mismo tono de voz que ellos emplearan en su coloquio:

—¡Basta ya...! Es una tontería que nos estemos zurrando pudiendo llegar a un mutuo acuerdo.

Alex se le quedó mirando de forma despreciable y no pudo refrenarse, preguntando:

—¿Chantajista?

—No se precipite en sus juicios, «hermanito».

El doctor Alex River se molestó por aquella confianza y así se lo expresó:

—Creo que no le he concedido motivos para obsequiarme con ese parentesco.

—Desde luego que no, pero da la casualidad que las circunstancias me las han dado.

Las palabras de Thomas fueron mal interpretadas por ambos doctores y en esta ocasión fue Richard Tracy quien preguntó

abiertamente, sin tapujos:

—¿Cuánto ..?

Thomas, esbozando una sonrisa conciliadora, contestó:

—Nada, doctor Richard. Sólo quiero a cambio…

Alex no le dejó terminar, interrumpiéndole:

—Ya imaginaba que existía algún precio. Los tipos de tu ralea suelen sacar tajada de cualquier hecho.

—Una vez más te has precipitado en tus juicios, «hermanito».

—Te repito que nadie te ha dado confianza…

Thomas, como si no le hubiera oído, prosiguió:

—Lo que te ha contado Richard, es verdad, al igual que tus palabras han sido muy acertadas. Con quién habló, no dirá una palabra de sus confidencias.

La actitud de ambos sufrió un cambio inmediato y en la voz de Richard se le notó la ansiedad que le acuciaba, al preguntar:

—¿Cómo tienes esa seguridad?

—Por la sencilla razón que fue conmigo con quien hablaste.

El desencanto se hizo patente en las facciones de Richard y sus posteriores palabras, lo confirmaron:

—No es verdad, yo no hablé contigo. Eres un farsante y te voy a hacer papillas…

Hizo mención de lanzarse contra Thomas, cuando éste, con energía, le manifestó:

—¡Quieto dónde estás, si no quieres que tus narices sangren en abundancia…! Y la misma advertencia va para ti, doctor Alex.

Tras estas palabras, Thomas Ward, con gran parsimonia se desprendió de la peluca y barba con que se caracterizaba como señor Taylor.

En esta ocasión, en el rostro de Richard se plasmó la alegría y en el de Alex gran estupefacción.

Ante él tenía un ser que hasta entonces no había visto y que

parecía su hermano gemelo, de un parecido tal que resultaba difícil averiguar quién era uno y el otro.

Thomas, un tanto socarrón, preguntó:

—Qué, Alex, ¿tengo derecho a llamarte «hermanito»?

El aludido salió de su mutismo para exclamar:

—¡Por Belcebú que jamás he visto caso igual…!

Y Richard confirmó:

—Sí, Alex. De no hablar contigo, lo hice con él. Ahora comprenderás que fue fácil confundirme.

—Desde luego. Pero esto no varía la cuestión —y dirigiéndose a Thomas, preguntó—: ¿Quién eres y lo qué pretendes?

—En cuanto a lo primero, poco te va a decir. Figuro en la excursión como el señor Taylor.

—¿Qué excursión?

La pregunta la hicieron casi al unísono y francamente intrigados.

—¿Cuál ha de ser? La que nos ha traído al primer complejo

—¿Pero tú sabes que existen dos complejos? —inquirió Alex.

—Naturalmente. He estado con anterioridad en ambos.

—Claro, de lo contrario no hubieras hablado con Richard.

—Compruebo que tienes una mente despejada de fácil deducción, de lo cual me congratulo, «hermanito».

Alex no se ofendió ahora por el título que le concedía e incluso lo admitió con agrado. No obstante, insistió:

—Falta por contestar a la segunda parte de la pregunta.

—Lo único que pretendo de vosotros es que me ayudéis a descubrir lo que aquí se trama.

—No constituye ningún secreto de Estado. Regeneración de los adictos a las drogas —le manifestó Alex.

—Siento decepcionarte, doctor. Por lo menos en la excursión anterior y concretamente en la actual, te puedo afirmar rotundamente

que no hay ningún aficionado a las drogas.

—Es la segunda vez que nombras las palabras excursión. Nosotros tenemos noticias de expedición de enfermos para someterles a un tratamiento de regeneración.

—Pues os han tomado el pelo como a dos inocentes criaturas. Todos están sanos, pero que muy sanos.

El doctor Alex River intervino de nuevo:

—¿Pretendes desmentir los resultados de los análisis efectuados por mí mismo?

—Sí y no —contestó Thomas.

—¿Puedes aclararlo?

—Con mucho gusto. Lo desmiento por la razón que en principio nadie había ingerido droga alguna. Dicha droga ha sido administrada diluida en una bebida e ingerida en el primer complejo que se llega, de ahí que en los posteriores, análisis den estos positivos.

Fue Richard Tracy el que intervino:

—¿No te decía yo, Alex…? Desde un principio sospeché algo raro. ¿Por qué en un proceso de desintoxicación nos limitan nuestras funciones al primer tratamiento, en el que bastaría una enfermera, y nos han vedado que podamos enteramos de todo el proceso?

Alex se quedó pensativo ante las explicaciones de Thomas y las palabras de su compañero en profesión.

—De todos modos, nosotros nos limitamos a cumplir lo que se ha estipulado en el contrato, o sea, a las funciones que nos asignen a cada uno. Lo demás, no puede importamos.

Thomas se vio precisado a concretar más:

—Creo que incurres en otro error, doctor Alex. Se han dado muchos casos de defunción repentina entre jóvenes de ambos sexos y se sospecha que todos ellos han pasado por «estos complejos recreativos»

—¿Tienes pruebas para llegar a tal conclusión?

—No, pero las tendré. Concretamente de la expedición de «curados» con la que logré salir.

—¿Cómo lo vas a lograr?

—A estas horas todos los componentes de esa expedición están sometidos a control para tratar, al primer síntoma que se les presente, de salvar su existencia.

De nuevo intervino Richard Tracy:

—Alex, creo que él tiene razón. Ya te he dicho y repito que aquí sucede algo raro.

—De acuerdo, Richard. Os voy a dar la razón. Y ahora, Taylor, ¿qué esperas de nosotros?

—Mejor que me llames Thomas.

—¿Has dicho Thomas…? —inquirió vivamente Alex.

—Sí, eso he dicho.

Esta afirmación pareció esfumar las dudas en el doctor, que aún quiso saber:

—¿Has matado a un hombre?

—Es muy crudo el verbo que empleas. Pero te diré que en legítima defensa he tenido que hacerlo con dos. Estaba en juego mi vida y la de los demás

—No hace falta que te extiendas en explicaciones. Considero sinceras tus palabras. Te repito la pregunta, ¿qué esperas de nosotros, Thomas?

—Que me ayudéis en la localización de los componentes de la última expedición, como vosotros llamáis.

—Nos pides un imposible, puesto que ni a nosotros se nos permite el acceso a los pabellones de recuperación definitiva.

—No quiero pediros imposibles y que expongáis vuestra existencia, eso es cosa nuestra. Únicamente solicito me indiquéis el emplazamiento de esos pabellones.

Richard, manifestó:

—De todo punto imposible llegar hasta ellos. El único acceso a los mismos está sometido bajo control electrónico y la puerta sólo se abre a los que ellos quieren.

El doctor Alex se quedó pensativo y de súbito preguntó:

—Thomas, has dicho que el exponeros es cosa vuestra. ¿Acaso sois más?

—Pudiera ser. En el momento oportuno lo sabréis. No quiero que interpretéis esto como signo de desconfianza, es más bien para seguridad vuestra en caso de que os sometieran a algún interrogatorio. Más vale que lo ignoréis por el momento.

—Considero muy juiciosas tus palabras, pero me molestaría que nos tacharas de cobardía.

—Ni por asomo ha pasado por mi mente esa palabra.

—Es mejor así. Vamos a mi alojamiento y así estaremos a cubierto de miradas indiscretas y que nos sorprendan como tú mismo lo has hecho, Thomas.

—Perdona que te contradiga. Alex. Creo que donde estamos es lugar más seguro. Aunque tú lo ignores, pueden tener establecido cualquier sistema de escucha y ya puedes imaginar las consecuencias. Son gente carente de escrúpulos y no les importa una vida más o menos.

—Pero aquí… —apuntó Richard.

—Aunque ya he tomado mis precauciones —le atajó Thomas—, las redoblaremos. Vamos allí.

Se dirigieron a una pequeña prominencia del terreno desde donde era fácil dominar los alrededores y permanecer a cubierto gracias a una tupida vegetación, por lo que quien pudiera pasar cerca de ellos no les podría ver.

En cambio, Thomas y los dos doctores, disfrutaban de un amplio campo visual.

CAPÍTULO XI

Thomas Ward, una vez inspeccionado el lugar y satisfecho del mismo, preguntó:

—¿Cuándo vistáis por última vez a los componentes de la expedición anterior?

—Eso mejor te lo podrá decir Richard, puesto que yo me fui a por vosotros.

—Pues terminé la preparación que me tienen asignada una hora antes de que llegarais, y, como de costumbre, se hizo cargo de ellos el otro equipo, terminando con ello la parte que a mí toca.

—¡Ya...! El proceso de preparación que aludes, ¿lleva mucho tiempo, Richard?

—Por lo menos treinta y seis horas, aunque en casos urgentes se ha rebajado a veinticuatro.

—Demasiado tiempo. ¿No habría fórmula de simular una acelerada preparación y «mandarnos» a toda la presente expedición?

—Muy expuesto sería esto, puesto que las órdenes dimanan de ellos —apuntó Alex.

—Bien, pero ante un caso extremo, por ejemplo, intoxicación aguda de drogas... No sería necesario que fueran todos, con cinco de los que componemos esta expedición, me bastaría para liberar a los demás.

Richard y Alex se miraron. Dudaban de que fuera factible y por fin habló Alex:

—Mira, como quien ha de dar la novedad del caso soy yo, lo mejor será que reúnas a los cuatro hombres que quieres llevarte contigo y los alecciones para que representen los siguientes síntomas y esto va para ti también.

Le fue explicando las características, reflejándole con toda exactitud el cuadro clínico de un drogado que se halla en los últimos estamentos.

Luego que se lo repitió una y otra vez, aclarándole las dudas que

pudiera tener, concluyó:

—Iré a exponer la cuestión y en caso de que acepten, Richard y yo procederemos a «poneros en condiciones para el urgente tratamiento».

—¡Magnífico…! No esperaba menos de vosotros.

—No cantes victoria tan prematuramente. Son ellos los que tienen la última palabra.

—Estoy seguro de que lo conseguiréis y si esto falla, ya encontraré otro medio para introducirme en ese lugar secreto y descubrir lo que allí se trama.

—Difícil me parece, pero ante tu seguridad, me haces dudarlo.

—Una cosa, Alex. Te ruego que emplees el menos tiempo posible en contestarme. Cada segundo que pasa, lo considero de vital importancia.

—No te preocupes que con lo que haya, bien por Richard o por mí, o ambos a la vez, conocerás el resultado de la gestión.

—Gracias a los dos. Y ahora me voy para advertir a mis hombres. Yo tengo asignada la habitación número doce y las correlativas, o sea la trece, catorce, quince y dieciséis, estarán los restantes.

—De acuerdo.

—Después que me haya ido, esperaros un rato aquí, como quince minutos, para no dar lugar a que nos vieron juntos y disponer de tiempo para poner en antecedentes a los demás.

—Conforme.

* * *

Por mediación de su ayudante Robert, Thomas Ward convocó en su habitación a cuatro de sus compañeros que consideró más idóneos para irrumpir en aquel lugar tan celosamente guardado y al que no tenían acceso ni los doctores Alex y Richard.

Como tenían que dar toda la autenticidad posible, en el caso que

autorizaran su traslado para el tratamiento, Thomas se agenció varias botellas del licor que les servían y que contenía la droga.

También tomó sus medidas de seguridad y como sospechara, dio con la existencia de micrófonos ocultos.

Los taponó con la finalidad de anular sus funciones y aun así cuando se hallaron reunidos, la conversación se desarrolló en voz baja, apenas perceptible.

—Con todo esto, quiero deciros que nos vamos a meter en la misma boca del lobo. No sé qué resultado va a dar, pero nuestra obligación es libertar a los que allí están.

Les transmitió cuanto le había indicado el doctor Alex, terminando:

—Cada uno de vosotros que se lleve dos botellas de éstas. Una la vaciáis por completo en el lavabo, cuidando de no dejar restos en el mismo La otra la dejaréis por mitad, más o menos; os serviréis en un vaso ingiriendo lo que queráis, puesto que sus efectos serán nulos debido al antídoto y os ponéis a delirar, castañetear los dientes, en fin, todo lo que os he dicho y de la forma que pueda dar más autenticidad al cuadro clínico que os he descrito.

Los cuatro le escuchaban con suma atención.

—Si quieren comprobarlo, lo podrán hacer sin necesidad de personarse en vuestra habitación, puesto que por los micrófonos os oirán perfectamente. Ya lo habréis comprendido de este modo por el tono de voz que estoy empleando.

Un nuevo asentimiento de los cuatro confirmó sus palabras.

—Y ahora, cada cual a su puesto y representar bien el papel. De ello depende muchas cosas. No olvidéis de llevar consigo cuanto os he enumerado y según como se desenvuelvan las cosas, actuaremos sobre la marcha. ¿Alguna duda?

Casi al unísono denegaron con la cabeza y acto seguido, acompañados de sendas botellas, se fueron a sus respectivos alojamientos.

Thomas, luego de haber hecho todos los preparativos, retiró los obstáculos que colocó ante los micrófonos y comenzó a interpretar su papel.

Casi al mismo tiempo, el doctor Alex River se entrevistaba con

quien dependía directamente, otro doctor, jefe de toxicología, el cual poseía un acento extranjero sin poder prefijar de qué país.

—Tengo cinco casos de intoxicación aguda. Me temo que de no someterles a un tratamiento inmediato, lo más probable es que dejen de existir.

El que le escuchaba esbozó una sonrisa, que más bien parecía una mueca, y le contestó dubitativo:

—Eso no puede ser, doctor River.

Alex era despierto y dado el caso, no tenía pelos en la lengua, por lo que le contestó:

—De no concurrir esta circunstancia, ¿cree que me hubiera atrevido a molestarle?

Al decir «molestarle» lo manifestó con cierta entonación, como dándole a entender que si él no lo había comprobado, por qué tenía que permitirse refutar o dudar de su afirmación.

Pareció que su interlocutor captó la intención y procuró rectificar:

—Bueno, doctor, ya sé que es usted un experto en la materia y no pongo en duda su aseveración. Más usted no ignora que se precisa una preparación.

—En efecto, no lo ignoro, como tampoco usted ignorará que ante casos de esta índole se recurre a la terapia extrema. Nuestro principio básico es el sanar al enfermo.

—Sí, claro, claro…, no olvido nuestra misión. Pero por encima de mí está el director a quien he de exponer el caso, tenga la bondad de esperar un momento. Voy a consultarlo personalmente.

Salió de su despacho y a través de un ventanal vio cómo se introducía por el hueco que dejó aquella puerta que a ellos les estaba vedada.

Permaneció un buen rato a la espera, durante la cual, el doctor de acento extranjero de indeterminada nacionalidad, mantenía una conferencia con un lenguaje extraño con dos individuos.

En un panel con indicaciones y clavijas, fueron accionando sucesivamente cinco de estas últimas e invariablemente pudieron escuchar frases incoherentes, delirios en suma y un estado de

excitación o postergación de quienes procedían.

Un tercer personaje hizo acto de presencia, preguntando interesado:

—¿Qué sucede, Eolo?

El pomposo nombre del dios de los vientos, hijo de Júpiter, era el que ostentaba el doctor con el que se entrevistó Alex River.

—Un caso raro... El doctor River me ha comunicado la existencia de cinco casos de intoxicación delirante por drogas.

—No puede ser. El que delira es ese doctor.

—Así lo creía y en principio de ese modo se lo he expuesto, pero de seguir en mi tesitura le tenía que explicar el por qué y esto no nos interesa.

—Claro que no. Podría sospechar.

—Exacto. He procedido a una comprobación auditiva conectando los micrófonos de las habitaciones que ocupan y parece que se confirma lo manifestado por ese doctor.

—¡Bah...! No le hagas caso. Tanto si es verdad como mentira, poco nos importa el que se mueran o no. Tú sigue el plan trazado.

—Me temo que no podremos desatenderle. Es obstinado y fiel cumplidor de su deber. Una negativa, llevaría consigo consecuencias.

—¿Y qué? En silenciarle basta, Eolo.

—Tu mente es un tanto obtusa, Sagis. ¿Acaso ignoras que el contrato establecido con ellos está debidamente legalizado y constituye nuestra tapadera oficial?

El llamado Sagis se sintió un tanto en ridículo y únicamente supo decir:

—Bueno, tú verás lo que haces...

—Atender su indicación sin demora, aunque, eso sí, lo comprobaremos antes personalmente.

—Conforme. Tú siempre tan acertado.

—La cabeza se tiene para algo más que de adorno.

Manifestó con énfasis Eolo, seguro de su superioridad.

Juntos se encaminaron hacia donde esperaba el doctor Alex River a quien Eolo, todo amabilidad para congraciarse con él, le expuso:

—Sin menoscabo a sus apreciaciones, ¿le molestaría que giráramos una visita a esos enfermos?

—Ni mucho menos. Precisamente llevaba intención de proponérselo.

—En ese caso, no hay más que hablar. Vamos, nos acompañará Sagis, que creo ya conoce.

Alex no dijo ni que sí ni que no. Demasiado bien conocía a aquel individuo que le acusó de asesinato y al que tuvo que plantar cara para que le dejara en paz.

Por el camino se les unió a ellos Robert, que fue invitado por el mismo Eolo.

El último en ser visitado fue Thomas, quien reconoció también al tal Sagis como aquel individuo que reprimió a la sirvienta y amenazó a aquel otro por no haber terminado con él.

En silencio salieron de la habitación que ocupaba Thomas y que fue el que mejor representó su papel.

Ya en el pasillo, Eolo confirmó:

—Desde luego, doctor River, nos hallamos ante unos casos de suma gravedad, acentuados por ingerir esa cantidad de alcohol.

Sagis no pudo reprimir sus impulsos de manifestar notoriamente airado:

—¿Pero de dónde habrán sacado esos imbéciles las botellas que tenían? Ustedes ya podrían tener más cuidado de sus enfermos.

Alex tampoco pudo reprimirse de contestar:

—Oiga usted, somos médicos y no niñeras.

Eolo intervino conciliador:

—Bueno, bueno..., no hay por qué enfadarse. A lo hecho hay que buscar el remedio correspondiente. Así que ustedes, doctores River y Tracy, procedan a administrarles un sedante. Mientras daré las órdenes oportunas para su inmediato traslado al pabellón de tratamiento.

Y sin más se fueron Eolo y Sagis, encaminándose ambos doctores a «cumplir» lo indicado por su común jefe.

Como la aplicación del sedante era por presión osmótica, sin que dejara rastro en la piel ni produjera dolor, se abstendrían de hacerlo, aunque tendrían buen cuidado de rebajar las dosis correspondientes del contenido del frasco.

Nada más penetrar en la habitación de Thomas Ward, éste les hizo una seña para que no hablaran.

Se levantó del lecho que ocupaba, procediendo a interceptar los micrófonos y luego, con un susurro de voz, exclamó:

—¡ Uf...! Por un momento creí que todo se iba a perder al veros con esa cara de satisfacción. ¿Habéis estado ya con los otros?

—No, íbamos a «empezar» contigo.

—Menos mal. En todas las habitaciones hay escuchas.

—Pues si llegamos a decir algo, si que la hacemos buena... —apuntó Richard.

—Ya puedes imaginar los resultados.

—Bien, tu propuesta hasta ahora funciona. Vais a ser trasladados.

—Lo sé. He oído lo que se ha dicho en el pasillo. Así que voy a dejar libres los micrófonos y simular vuestro cometido.

—Te deseamos suerte, Thomas.

—Gracias. La necesitaremos.

—Si precisas de nuestra colaboración, no dudes un momento en requerimos.

—Por ahora ya habéis hecho bastante.

Y sin más, Thomas dejó los micrófonos libres de obstáculo por si estaba controlando a los doctores.

Alex y Richard intercambiaron entre ellos palabras técnicas y una vez concluyeron, el primero manifestó:

—Ahora a dormir como un angelito... —a tiempo que le hizo un guiño a Thomas.

La pantomima la repitieron con los otros cuatro y sí que debían de permanecer atentos a lo que se hablaba, puesto que nada más terminar con el último, casi acto seguido, fueron a recogerlos con las correspondientes camillas.

CAPÍTULO XII

Se encontraron con la sorpresa de que a ellos los internaron en una sala especial, cuya única salida quedó herméticamente cerrada.

A Thomas aquello no le gustó, estando atado de pies y manos, puesto que tenían que cubrir las apariencias dejando transcurrir el tiempo correspondiente en que debía de durar los efectos del sedante.

Por otra parte, las luces se apagaron, imperando en aquella estancia la más absoluta oscuridad.

Cuando esto sucedió, Thomas les advirtió a los otros cuatro en voz muy baja:

—Que nadie se mueva de donde está hasta cubrir el tiempo previsto. Esto me huele a una celada.

A poco la puerta se entreabrió, dejando una rendija de luz que rompió la oscuridad que imperaba momentos antes.

Thomas pensó que la cosa estaba clara. Aun con todo, sospechaban de la autenticidad del caso y lo que pretendían era asegurarse bien.

Pasaron diez minutos que a ellos se les antojó una hora, especialmente a Thomas, que ardía en deseos de descubrir el paradero de quienes fueron sus compañeros en la primera excursión.

La puerta seguía en la misma posición, más una sombra interceptó la rendija de luz.

Lo que sospechó, en la otra parte se mantendría una estrecha vigilancia y lo más seguro era que de haber salido alguno de ellos, hubiera firmado la sentencia de los cinco.

Inesperadamente las luces se encendieron y escucharon unos pasos, haciendo acto de presencia en la estancia Eolo, Sagis y un nuevo personaje.

Entre Eolo y aquel personaje mantuvieron una conversación, durante la cual señalaron con frecuencia los inanimados cuerpos de los cinco yacentes.

La jerga que utilizaban era desconocida para Thomas y los demás y eso que, especialmente al primero se le consideraba como un experto políglota.

Seguramente, al llamado Sagis, le sucedió otro tanto, quien visiblemente molesto, indicó:

—Basta ya de palabrerías con vuestra maldita lengua. Lo mejor que se puede hacer es la solución que te he expuesto anteriormente, Eolo.

—¿El qué?

—Puesto que en tal estado no nos sirven para nada, ¿para qué perder tiempo con ellos? Se eliminan y en paz. Fuera gastos y distracciones.

—Tú siempre tan impulsivo, Sagis. ¿Te olvidas de los doctores que pueden hacer preguntas?

—Tanto peor para ellos. Si llegan a ese extremo, se procede del mismo modo.

—Muy fácil lo ves, pero no reparas en las consecuencias y éstas podrían dar al traste esta organización que tanto ha costado de tiempo y de capital invertido.

—Pero el conservarlos es antieconómico.

—El dispendio que nos puedan originar, servirá para afianzar más nuestra posición.

—No lo entiendo.

—No es necesario que te esfuerces en afirmarlo, que se ve a las claras. Tu mente únicamente va asociada con lo tremendista. Sólo te voy a hacer una pregunta para ver si discurres un poco: ¿Has dado ya con ese individuo al que pretendiste eliminar?

Sagis se quedó confundido guardando silencio por un momento, al cabo de cual contestó:

—No, todavía no lo he pillado, pero no se escapará. Está aquí o en el otro complejo.

—¿Pero lo sabes con seguridad?

—No.

—Entonces, Sagis, supón por un momento que nuestras actividades trascienden al exterior y esto unido a la desaparición de estos cinco enfermos puede atraernos la atención de las autoridades competentes.

—¿Por qué razón? En los contratos con los doctores se especifica que no podrán salir de aquí hasta que expire el contrato, por lo tanto...

—Por lo tanto, de momento no pueden hacer nada, pero posteriormente podría constituir una grave amenaza...

Sagis fue a hablar, pero Eolo le interrumpió de nuevo:

—Sí, ya sé lo que vas a decir, pero ya estamos al principio de la cuestión. No basta con eliminarlos puesto que el contrato está registrado oficialmente. ¿Comprendes esto?

—Sí, te comprendo.

—Por otra parte, es hecho comprobado de que padecen una intoxicación aguda por ingestión de drogas, luego de que sean curados y sobrevivan al tratamiento, esto nos serviría de gran propaganda, respaldándonos los mismos doctores River y Tracy, máxime cuando a éstos no les va a suceder lo que a la mayoría de los tratados.

—¡Ya...! Entiendo...

Contestó Sagis, aunque no se le veía muy conforme con lo dispuesto por su compinche Eolo.

—Y ahora, vámonos. Puedes retirar la guardia. Estos tienen sueño para rato y mañana ya se ocupará de ellos mi colega. Tengo

mucho trabajo y no puedo perder más tiempo.

—Eso, eso…; lo que nos interesa es lo otro. ¿No, Eolo?

—Naturalmente, pero no por ello hay que menospreciar las pequeñas cosas.

Y los tres abandonaron la estancia sumiéndola de nuevo en la oscuridad.

* * *

Tanto Thomas como sus tres compañeros, tomaron buena nota de la conversación que se llevaron aquellos tres individuos.

Aun así, al quedar solos, todavía permanecieron quietos en sus respectivos lechos durante un buen rato.

A una señal gutural de Thomas, el situado más cerca de la puerta oteó fuera de la misma, musitando a continuación:

—No se ve a nadie.

Al unísono se levantaron los demás y acto seguido se las compusieron de forma que sus lechos parecían seguir ocupados por un cuerpo.

Luego Thomas observó el exterior. Por un pasillo no muy lejano adonde estaban, vio pasar a dos hombres portadores de una camilla vacía.

Estos iban ataviados con una bata, pantalones, gorro y mascarilla. Todo ello de una tonalidad azul.

Por el equipo que llevaban, Thomas lo asoció a un trabajo relacionado con algún quirófano donde la asepsia era primordial.

Tenían que actuar con rapidez y Thomas urdió un plan que le serviría para la consecución de dos finalidades.

En pocas palabras se lo explicó a sus compañeros y el propio Thomas, con uno de ellos, salieron con toda naturalidad de la habitación donde habían sido confinados.

Se pararon en las inmediaciones del pasillo por donde pasaban los que transportaban las camillas.

No tuvieron que esperar mucho, puesto que percibieron unos pasos que se aproximaban.

En efecto, dos de aquellos portadores de camilla, iban a concluir con Thomas y su compañero.

Inesperadamente salieron a su encuentro tropezando con ellos «sin querer».

Uno de los portadores protestó indignado:

—¡Pero no tenéis ojos, imbécil…!

No tuvo tiempo de concluir el piropo, puesto que a causa de sendos golpes, tanto éste como el que formaba pareja con él, cayeron al suelo fulminados.

En un abrir y cerrar de ojos, fueron colocados en la camilla y trasladados rápidamente al lugar donde les confinaron en el que permanecían los tres restantes del grupo.

Antes de que les pasara el efecto del golpe, por osmosis les aplicaron un somnífero completamente inofensivo pero de una duración, poco más o menos, del sedante que simularon inyectarles a ellos.

Acto seguido les despojaron de sus vestimentas y fueron acostados en sendos lechos.

Sin que surgiera ningún contratiempo, Thomas y su compañero, llevando consigo la camilla y con la indumentaria usurpada a los aprehendidos, se fueron hacia el pasillo en que había aquel tránsito de camilleros.

Aunque en prevención, Thomas les hizo llevar consigo los brazaletes correspondientes con aquella aleación especial, hicieron uso de los mismos que llevaban sus inconscientes prisioneros.

Al desembocar al pasillo coincidieron con una pareja más llevando consigo aquel medio de transporte.

Uno de ellos, extrañado, preguntó:

—¡Eh! ¿De dónde venís vosotros?

Thomas tuvo a punto la respuesta cuando su compañero se aprestaba a atacarles:

—Nos ha llamado el doctor Eolo para darnos órdenes y ha dicho

que vayáis vosotros también. La puerta del fondo.

—¡Ah! Pues ahora vamos.

Se encaminaron hacia donde les indicó Thomas y ya es fácil suponer lo que sucedió.

Segundos después unos nuevos camilleros salieron de allí para unirse a ellos sin dilación.

Siguieron el camino que Thomas ya había observado, llegando al final del pasillo.

Su acompañante le advirtió:

—Thomas, por ahí no hay salida.

—No te preocupes, sigue adelante.

Ante la sorpresa del que formaba pareja con él, una puerta invisible a simple vista se abrió, dejando al descubierto una sala con varias camas ocupadas.

El corazón de Thomas Ward aceleró sus latidos ante la posibilidad de que al fin había dado con el paradero de los componentes de la excursión que formó parte y en consecuencia con Lynda y su amigo Pol.

Pero la decepción fue enorme al abarcar de una ojeada toda la estancia.

El era buen fisonomista y entre los hombres y mujeres que allí habían, no estaba ninguno de sus conocidos.

Esto le desconcertó, tanto que uno de los que seguramente permanecían al cuidado de la sala, le apremió:

—¡Venga…! ¿Os estáis durmiendo? Cama número cuatro.

Reaccionó en el acto y se dirigieron hacia el lecho que ostentaba el número indicado.

El cuerpo inconsciente del que cogieron, no pertenecía a una persona joven. Aunque su aspecto parecía como tal, los ojos observadores de Thomas descubrieron en aquel rostro y cuerpo las huellas del transcurso de los años.

En silencio efectuaron el traslado y una vez acomodado en la camilla aquel que dirigía el trabajo, les indicó:

—Quirófano número cinco.

Sólo entrar en aquella sala, Thomas se fijó en la dirección que llevaban los de una camilla ocupada, por lo que no tuvo más que seguirles.

Por el mismo procedimiento les fue franqueado el paso donde parecía que únicamente existía un muro y precisamente por la parte opuesta a la que habían entrado.

Otro pasillo les condujo a una rotonda donde existían varias puertas numeradas.

Penetraron por la número cinco, donde se hicieron cargo del cuerpo que llevaban para depositarlo en una mesa de operaciones.

El mismo Eolo estaba allí con parecida indumentaria a la de ellos. Le reconoció por la voz al decir:

—Ahora traer al paciente de la cama número cuatro de la sala de expedicionarios.

Entonces Thomas sí que tuvo la certeza de que iba a dar con ellos.

A la salida del quirófano se encontraron con sus otros dos compañeros que llevaban otro cuerpo.

Thomas observó aquel rostro inconsciente. Tampoco pertenecía a ninguno de la excursión.

—Salir cuanto antes luego de entregar «la mercancía» y seguimos.

—De acuerdo.

Retardando sus pasos, Thomas y el que le acompañaba, esperaron con impaciencia la aparición de sus compañeros que se habían introducido en el quirófano número seis.

Tan pronto hicieron acto de presencia, le manifestaron a Thomas:

—Nos han dicho que traigamos al paciente número cinco de la sala de expedicionarios. ¿Dónde para eso?

—Lo ignoro, pero tendremos que averiguarlo con rapidez. Por deducción, esta gente es rutinaria y donde termina un pasillo debe de existir una puerta secreta. Así que no tenemos más remedio que

acercamos y correr el riesgo.

En efecto, Thomas no se equivocó en su apreciación, a cada final existía una puerta que se abría automáticamente ante la acción magnética de los brazaletes que llevaban, pero era ya la tercera a la que llegaban y no habían dado con lo que deseaban.

Con otra cuarta y una quinta, les sucedió igual.

Thomas recapacitó. No podían permanecer por aquellos alrededores yendo de un lugar a otro y exponerse a llamar la atención y ser descubiertos.

Por suerte o por desgracia, por allí no había más camilleros que ellos.

La única ventaja que sacaron en aquel ir a ciegas, fue el descubrir que la cuarta puerta desembocaba al pasillo que daba acceso a la habitación donde deberían de estar y por lo tanto del acceso obligado para salir de aquel lugar secreto.

Thomas se dio una palmada en la frente, exclamando:

—¡Pero qué torpe soy...! —preguntando a continuación—: ¿Cuál de las cinco puertas que se ha abierto por orden correlativo, cuenta con un corto pasillo?

—La número tres —contestaron.

—Pues esa es. Mucho me equivoco o contará con doble puerta de seguridad.

Casi corriendo se fueron hacia el lugar mencionado y con Thomas al frente penetraron por la primera puerta y al abrirse la segunda apareció ante ellos una sala con varias camas ocupadas.

Esa sí; en ésa estaban los componentes de la excursión.

Thomas tuvo que hacer un gran esfuerzo para no soltar un grito de alegría al descubrir un rostro que había despertado en él las inquietudes del amor, el de

Lynda.

En otro extremo se hallaba Pol. Todos ellos dormían plácidamente.

La sala se hallaba al cuidado de dos individuos también vestidos de azul, cuya catadura hacía presumir que más bien eran guardianes.

Al fijarse en la parte derecha de su cintura que era más prominente, Thomas tuvo la seguridad que ocultaban un arma.

Sonó una llamada y una pantalla se iluminó, al tiempo que la voz e imagen de Eolo, preguntaba:

—¿Qué pasa que no traen al paciente?

—Terminan de llegar, señor.

—Pues que los traigan en seguida, ¡caramba! No podemos estar esperando más. ¡Rápido!

Y se le vio con gesto brusco cortar la comunicación.

El que recibió la repulsa se volvió furioso hacia los recién llegados y airado, les manifestó:

—¡Eh, vosotros!... Por vuestra culpa he tenido que recibir una bronca.

Como Thomas se quedó parado ante el lecho de aquel extremo que ostentaba el número cuatro, el que les habló, le apostrofó:

—¿A qué esperas, imbécil? ¡Lleváoslo inmediatamente!

Thomas con toda serenidad, una vez repuesto de la sorpresa, contestó señalando al que yacía en el lecho inconsciente:

—A ése no me lo llevo.

—¡Eh...! ¿Cómo dices? ¿He oído bien...?

—Perfectamente. He dicho que a ése no me lo llevo.

—¿Cómo te atreves...? ¡ ¡ Jerry, ven hacia aquí!!

A tiempo que gritaba el nombre, desenfundó el arma que llevaba oculta y el otro guardián hacía lo propio a tiempo que acudía a donde se le requería.

—¿Qué pasa? —inquirió éste último.

—Jerry, aquí sucede algo raro. Han tardado más de la cuenta y ahora se niegan a llevarse al enfermo. Mantenlo encañonado, que voy a consultar.

Nada más dio dos pasos el que había solicitado la presencia de Jerry, cuando Thomas se abalanzó contra él.

De un patadón le desarmó, pero el otro se revolvió con rapidez a tiempo que pretendió propinarle un golpe a Thomas que éste esquivó por milímetros.

Se enzarzaron en una lucha cuerpo a cuerpo. El individuo aquel era de fuerte complexión, mas Thomas dominaba la técnica y por fin le dejó sin sentido.

Entretanto, los otros tres compañeros de Thomas se ocuparon del guardián que les estaba encañonando, al que les resultó fácil desarmarle y reducirlo.

Nuevamente se repitió la llamada, y la imagen de Eolo apareció en la pantalla y con voz airada apremió:

—¡Como no vengan en seguida os aseguro que mando a por ellos y podéis tener la certeza de que lo pasaréis mal, pero que muy mal!

El mismo Thomas le contestó:

—Ya van hacia ahí, señor.

Y la comunicación se cortó de nuevo.

CAPÍTULO XIII

Nadie de los tres preguntó el porqué de la actuación de Thomas, pero comprendieron que la treta de él fue el reunir a ambos guardianes, y lo consiguió con éxito.

La razón de negarse a llevar al «enfermo» se lo explicó posteriormente:

—Este es precisamente mi amigo Pol.

Sin pérdida de tiempo, procedieron a aplicarles un somnífero osmótico a sendos guardianes, para luego desnudarles y colocarles la ropa que llevaba Pol, un pijama, y la correspondiente al otro «paciente» que tenían que trasladar.

Una de las armas se la quedó Thomas, ocultándola en sus ropajes, y la otra se la entregó a uno de los que formaban la segunda pareja de camilleros.

Ya todo listo, sin dilación, con los cuerpos de los guardianes en sus correspondientes camillas, se encaminaron hacia los quirófanos.

Fueron recibidos de muy mal humor y tuvieron que escuchar algunas impertinencias.

Thomas, sin inmutarse, entregó la «mercancía» y salieron de aquel lugar, cuya atmósfera estaba cargada de desinfectantes.

En el pasillo se les unieron los que habían entregado al otro guardián en el quirófano correspondiente y los cuatro conjuntamente se dirigieron a la sala donde estaban los componentes de la excursión.

Lo primero que hizo Thomas fue dirigirse al lecho donde estaba Lynda.

—¡Lynda, Lynda!... Soy yo, Thomas...

Sus esfuerzos resultaron vanos: ella seguía dormida y ni siquiera los golpecitos que le dio a la cara lograron despertarla.

Con los demás sucedió otro tanto. La dificultad que se les presentaba era enorme. Con dos camillas disponibles tendrían que emplear mucho tiempo en trasladarlos y, por lo tanto, aumentando el riesgo de ser descubiertos.

En aquel momento le vino a la memoria los comprimidos y el líquido contenido en un frasco que la enfermera administró a los excursionistas en la astronave, y que tuvo el poder de despejar por completo a los durmientes pasajeros.

Corrió hacia el botiquín de la sala. Lo revolvió todo y allí no había ni rastro de comprimidos o frascos como los que se llevó para su análisis.

Los tres compañeros le veían hacer sin preguntar nada.

Se desprendió del arma que llevaba y, entregándosela a uno de ellos, les dijo:

—Si pretenden llevarse a alguien, impedirlo a toda costa. Permanecer sólo dos a la vista, como los correspondientes guardianes que habían. Os mandaré de refuerzo al que ha quedado con los auténticos camilleros. Os dará la contraseña que ya conocéis. Si transcurre media hora que no haya regresado, actuáis in extremis.

Acto seguido, desapareció y, tras indicarle el camino al compañero para que se reuniera con los otros, salió del pabellón de recuperación.

En un principio pensó recurrir a Alex y Richard para que le proporcionaran lo que le interesaba, pero consideró que esto sería una pérdida de tiempo precioso, puesto que a aquellas horas estarían durmiendo plácidamente.

Tras ocultar la vestimenta que llevaba y despojarse de la caracterización de señor Taylor, se encaminó directamente a la astronave, que sabía positivamente dónde se encontraban los comprimidos y los frascos con cuyo líquido se administraban.

En el acceso a la astronave había un hombre de centinela, que al verle preguntó:

—¿Cómo por aquí a estas horas, doctor?

—Necesito unos medicamentos que hay a bordo y recoger unas notas para un trabajo.

—¡Ah! Muy bien...

Thomas apenas si le oyó, siguió en su camino y ya tenía en sus manos lo que necesitaba, cuando una voz femenina le sorprendió:

—¡Oh, doctor Alex! ¿Cómo por aquí...?

Se volvió en redondo y no pudo ocultar su contrariedad. Ante él tenía a la dichosa enfermera. ¿Estaba predestinada a interrumpirle en los momentos más álgidos?

Iba vestida con ropa muy ligera, de íntima se podría calificar, a través de la cual se podía ver y adivinar un tipo nada despreciable. Su rostro, sin ser una belleza, resultaba agraciado.

Lo que no le gustó tanto fue el brillo especial que tenían los ojos femeninos, y los labios entreabiertos, plagados de anhelos contenidos.

Thomas, haciendo acopio de serenidad, contestó, mostrando lo que llevaba en las manos:

—He venido a por esto para constatar su eficacia en el laboratorio.

Ella, con cimbreantes y pausados pasos, se le fue acercando sin dejar de sonreírle y mirándole con fijeza.

Le cogió lo que tenía en sus manos, depositándolo sobre una mesita, e inesperadamente se abrazó a él con desesperación, con deseo, musitando con voz entrecortada:

—¡Oh, Alex!... Hace mucho tiempo que estoy enamorada de ti y tú sin saberlo... Ya no puedo resistir más este fuego que me consume. Te quiero, te quiero... —repetía mientras cubría de besos su rostro y se incrustaba materialmente en su cuerpo.

Thomas pensó que en otras circunstancias le hubiera seguido la corriente, pero ahora tenía mucha prisa y por otra parte no debía olvidarse de la sequedad peculiar de Alex.

—Pero... ¿se ha vuelto loca? ¿Cuándo le he dado confianzas para atreverse a enumerar esa sarta de sandeces?

—¡Eres maravillosa, Alex... —suspiró—. Esperaba tu reacción tal como ha sido.

—¡Basta ya! Mí tiempo lo considero muy precioso para perderlo de esta forma ignominiosa.

Y Thomas, de un tirón, se desprendió de los brazos que rodeaban su cuello.

—¡Magnífico! Tu virilidad se manifiesta en cualquier circunstancia. Eres todo un hombre y constituirá un sueño compartir contigo la existencia.

Thomas se quedó desconcertado ante la contestación de ella, momento que aprovechó la apasionada joven para acercársele.

El cogió de nuevo los medicamentos, retrocediendo hacia la salida, casi gritándole:

—¡No se acerque!...

—¡Oh, Alex!... Seremos muy felices, mucho... Aparte de mi amor, te puedo ofrecer riquezas, poder...

—Nada necesito de todo eso. Estoy muy bien como estoy.

—Pero te lo mereces, y lo tendrás porque yo quiero.

Le llamó la atención a Thomas la firmeza con que fueron dichas esas palabras, pero muy en su papel de hombre poco versado en lances amorosos, casi huyó asustado.

Todavía alcanzó a oír las carcajadas que le produjo su actitud a la impetuosa muchacha.

Pero esto poco le importó a Thomas. Llevaba consigo lo que le interesaba.

* * *

Todavía tuvo tiempo Thomas de entrevistarse con Robert, advirtiéndole:

—Ten a toda la sección preparada. Vamos a intentar sacar en masa a todos los componentes de la excursión en la que yo tomé parte.

—¿Habéis dado con ellos?

—Sí, ya te explicaré. Tengo prisa.

Se fue directamente adonde se dejó su disfraz, y ya se disponía a entrar en el pabellón de recuperación, cuando se dio de lleno con Sagis, que salía del mismo.

Hizo mención de seguir, pero el otro le sujetó por un brazo, preguntándole:

—¿De dónde vienes tú?

—El doctor Eolo me ha mandado por unos medicamentos —le contestó, mostrándole lo que llevaba.

Sagis se le quedó mirando un tanto perplejo, exclamando:

—¡Qué raro!... Aquí disponen de todo lo necesario... ¿Y de dónde lo traes?

Interiormente, Thomas maldijo aquel encuentro y a la joven que le entretuvo, pero tenía que contestar algo y sin vacilación lo hizo:

—De la astronave.

—¿Cuál de las dos?

Aquello se ponía feo. ¿Luego existía otra...? Su mente trabajó a marcha forzada. De su contestación dependían muchas cosas, y se hizo un razonamiento lógico sin saber positivamente si daría resultado:

—¿De cuál ha de ser? Si estos medicamentos no los tienen aquí...

—¡Ah!... Creí por un momento...

Thomas, interiormente, dio un suspiro, pero le duró poco la esperanza de librarse de Sagis.

—De todos modos, te acompañaré. Tengo que hablar con Eolo.

Thomas quería evitar a toda costa la violencia, pero tal como se habían puesto las cosas, no le quedaba otro remedio que valerse de ella para eliminar el engorroso obstáculo.

Al pasar frente a la bifurcación del pasillo que conducía a la habitación donde les confinaron, Thomas le dio un fuerte empellón a Sagis, que, desprevenido, rodó por el suelo.

Se lanzó a continuación contra el caído para inutilizarle por la vía rápida, pero Sagis, con una agilidad insospechada, se zafó del ataque y se puso de pie, mientras Thomas dio en el suelo, fallando su presa.

Sagis ya estaba con el pie en el aire con la malsana intención de hundir su puntera en el costado de Thomas, pero éste, en la presente ocasión no falló.

Apresó el pie que iba disparado con todas sus fuerzas y, en movimiento seco y rápido, lo sometió a un giro de ciento ochenta grados.

Un alarido se escapó de la boca de Sagis, y, transido de dolor, volvió a caer. Un posterior directo al mentón acalló sus lamentos, dejándole fuera de combate.

Como un fardo, Thomas le arrastró hacia la habitación que todavía permanecía a oscuras y ocupada por los cuatro camilleros.

Le aplicó el somnífero osmótico y le tendió en una de las literas.

Todo este «trabajo» lo efectuó con la rapidez que las circunstancias se lo permitieron, y recogiendo los medicamentos, que tuvo que dejar en el suelo, sin otro contratiempo, llegó a la sala de los durmientes expedicionarios.

—Ya estábamos a punto de ponemos en acción, Thomas. ¿Qué te ha ocurrido?

—Imprevistos, pero no hay tiempo que perder. Tomad esto y esto. Una tableta a cada uno, haciéndosela ingerir con el líquido que contiene el frasco.

El mismo se reservó una parte, y dirigiéndose en primer lugar adonde yacía Lynda, le administró los medicamentos, para luego hacer lo mismo con Pol y con cuantos alcanzó, hasta que terminaron con todos.

Los cuatro compañeros se reunieron en tomo a Thomas, quien les recomendó:

—Dentro de breves instantes comenzarán a reaccionar. Tened buen cuidado que no armen alboroto. Decirles que somos amigos, que guarden silencio, y les sacaremos de aquí.

Con impaciencia, Thomas esperó a que surtiera efecto lo administrado, pues posteriormente le asaltó la duda de su eficacia por si habían sido sometidos a otra clase de tratamiento.

Positivamente, sabía que no les iba a producir daño alguno; de lo contrario, no se hubiera aventurado.

En dos o tres ocasiones le pareció que Lynda volvía en sí, pero seguía permaneciendo quieta y hasta durmiendo su belleza no desmerecía.

Por fin sus anhelos se hicieron realidad. La muchacha abrió los ojos, parpadeó un poco, esbozó una sonrisa, musitando:

—Thomas...

El nombre de él, dicho en aquellos sugestivos y lindos labios, casi le enloquecieron, y sin poderlo evitar, los besó.

—Sí, querida, soy yo... Ten calma Ahora, cuando os repongáis, os sacaremos de aquí.

—Thomas, tengo la impresión de que nos han sucedido cosas raras. No sé si ha sido una pesadilla o qué; lo cierto es que me ha parecido ver camillas por doquier, desconocidos...

—No han sido pesadillas Por desgracia, es una realidad. Pero no temas. Saldremos todos de ésta.

En ese momento, se dejó oír la voz de Pol:

—¡Eh! ¡Basta de plática! ¿Eres o no eres Thomas? ¿Se puede saber qué diablos hacemos aquí?

Thomas le recomendó silencio, al igual que hicieron sus compañeros con los demás.

Se les explicó la situación y, salvo algunos pocos casos, la reacción fue de completa calma.

CAPÍTULO XIV

El traslado se hubiera efectuado con toda normalidad, a no ser que uno de los compañeros de Thomas, que vigilaba el pasillo, vio a una mujer con dos hombres y un tercero al que llevaban sujeto.

Altamente alarmado, le dijo:

—Por ahí fuera viene alguien, Thomas. ¿Estás aquí o eres tú al que llevan detenido?

En otras circunstancias le hubiera producido hilaridad la pregunta, pero inmediatamente captó la gravedad del caso.

Sin responder, ordenó:

—¡Que todos se acuesten en donde estaban y como durmiendo profundamente!

Y luego, dirigiéndose a sus compañeros:

—Tú quédate conmigo. Vosotros tres escondeos y estad atentos a mi indicación.

En un cerrar de ojos, cada cual ocupó su puesto, y segundos después irrumpía en la sala la mujer con sus dos nombres y el prisionero.

Thomas se hallaba en el otro extremo de la sala, de espalda a la puerta de acceso, y oyó decir a la mujer:

—Doctor Alex, es tu última oportunidad en manifestar la verdad. Esto aún te puede salvar.

—¡Qué verdad y ocho cuartos!... Me sacan de la cama violentamente y usted, una simple enfermera y esquizofrénica por añadidura, me suelta una sarta de sandeces que no hay diablo que la entienda. ¡Presentaré mi protesta por tal atropello!

—¿Y a quién la vas a presentar, doctor River? —inquirió la enfermera en plan de guasa.

—A quien sea, al máximo responsable de este maldito lugar.

—Pues al máximo responsable de este maldito lugar, como has dicho, la tienes ante ti.

—¿Usted...? ¿Tú? ¡No me hagas reír, que ya está bien de idioteces!

—Acógelo como quieras, querido, pero no dudaré de quitarte tu preciosa vida si no confiesas y mis sospechas se confirman.

—¿Pero qué he de confesar? Es lo que quisiera saber de una vez.

—Eso tú sabrás. Pero basta ya. Ni siquiera te queda la opción que te he concedido a conservar la existencia. ¿Puedes explicarme qué hacen aquí estos comprimidos y estos frascos?

Le formuló la pregunta con la cara transfigurada, en la que no quedaba ni el más ligero vestigio de belleza y sí mucho de crueldad, al tiempo que le mostraba los objetos enumerados y cogidos del botiquín de la sala.

Alex, al verlo, comprendió, y dando muestras de gran flema, contestó:

—Como yo lo ignoro, tú sabrás la explicación que pueda haber.

—¡Claro que lo sé! Tú eres el individuo al que se está buscando y que el idiota de Sagis no ha encontrado, y eso que se lo insinué. Tú has pretendido reanimar a la expedición en pleno para desbaratar

nuestros planes; tú...

Entonces Thomas se volvió e intervino. Se había desprendido de su disfraz.

—No ha sido él, sino yo.

La mujer y los guardianes del doctor River miraron a Thomas y luego a Alex, sin poder salir de su asombro.

La «enfermera enamoradiza», por fin pudo articular palabra:

—¿Qué...? ¿Quién es el doctor Alex?

—Yo, querida... —contestó, guasón, Thomas.

—¡No puede ser!

—¿Cómo que no? ¿Quieres que te relate lo que me has manifestado y hecho en nuestra entrevista?

El furor se patentizó más en ella, y sin responderle, gritó, roja de indignación:

—¡Traidores!... ¡Disparad sobre ellos!

Thomas, sin abandonar su sonrisa y con entera calma, le advirtió:

—Yo de vosotros no haría semejante cosa. Si os molestáis en volveros, comprobaréis que no os daría tiempo a sacar las armas.

Se volvieron, y, en efecto, dos de los tres compañeros de Thomas les tenían encañonados.

Ella, como impulsada por un resorte, se dirigió al cuadro de comunicaciones, gritando:

—¡Sagis, a mí la guardia! ¡Al traidor lo tengo aquí en la sala de expedicionarios!...

Thomas le manifestó:

—Tus palabras son inútiles, puesto que la comunicación ha sido desconectada. Así que vas a ser buena chica ordenando a tus hombres que entreguen las armas y tú disponte a contestar a unas preguntas.

La enfermera, que tan dueña de sí era momentos antes, se puso a temblar de forma ostensible, a la par que sus ojos reflejaban un terror infinito, gritando:

—¡No, no quiero morir! ¡Soy joven todavía! ¡No quiero morir!...

Mientras los guardias habían sido desarmados sin ofrecer resistencia.

Thomas se compadeció de ella.

—¿Pero quién habla de morir? Nosotros no te hemos sentenciado.

—¡Vosotros, no, pero los extraterrestres lo harán! ¡Lo harán!...

Y cayó al suelo retorciéndose convulsa. Segundos

después dejaba de existir.

Ante tal hecho, Thomas se alarmó. No fue por él, sino por cuantos tenía bajo su responsabilidad.

Estaba enterado del control que se ejercitaba sobre aquellos que abandonaban aquel «Edén de la vida», como titulaban al complejo, y recordó el punto aquel en forma de botón que aparecía en la región cordial, espacio topográfico ocupado por el corazón.

Sospechó que aquello podía ser un elemento controlador a infinita distancia, por lo que el individuo quedaba a merced de la voluntad de quienes ejercitaban dicho control.

Casi gritó a sus compañeros y a los «pacientes» que permanecían en sus lechos:

—¡Rápido, hay que abandonar la sala lo antes posible! ¡Que cada cual preste ayuda a los más desvalidos!

Se originó una gran confusión en el recinto. El propio Thomas se tuvo que imponer, y luego de ayudar a Lynda y a su amigo Pol, estableció comunicación con Robert por mediación de su diminuto emisor-receptor.

—Robert, cubrid el pabellón de recuperación y haceos cargo de cuantas personas salgan. Posteriormente, manda refuerzos. Objetivo, quirófanos, situados a la derecha del final del pasillo de entrada.

—¡Ala orden!

Los últimos en abandonar la sala fueron Thomas y Alex, cuando de las cuatro esquinas comenzó a emanar un gas amarillo.

Cerraron tras ellos rápidamente, y habiéndole entregado una

bata y una mascarilla a Alex, le dijo:

—Póntela en seguida y vamos a los quirófanos.

Se dirigieron al piso superior, donde estaba el departamento de observación, del cual se podía contemplar cualquier operación y oír las explicaciones.

Entre ellos hablaban un lenguaje extraño, pero uno que entró en aquel momento, aproximándose al que estaba manipulando en dos cuerpos tendidos sobre sendas mesas de operaciones, dijo:

—Doctor Eolo, siguiendo sus instrucciones, Silvya ha sido eliminada e inundada de gas paralizador la sala.

—Está bien. ¿Cómo sigue el imbécil de Sagis?

—Recuperándose. ¿Qué hacemos con los de la sala?

—Dejarlos tranquilos, que no se irán. Quiero tener el gustazo de ocuparme de ellos en cuanto termine el trasplante. Si no llega a ser por el doctor Ceres, que descubre la suplantación al ir a ocuparse de los falsos drogados, nos pillan con las manos en la masa. Ten mucho cuidado con los archivos secretos. No vaya a surgir algún infiltrado más.

Mientras Eolo seguía en la operación, cambiando una víscera cardíaca por otra, al tiempo que en el cuerpo que caía a su derecha adhería en dicho corazón reemplazado un objeto diminuto, como un botón.

—Alex, ¿qué te parece esto? —preguntó Thomas.

—¿Esto...? Esto es un vulgar trasplante de corazón. ¡Los muy canallas!... Y decían que era un tratamiento de recuperación de drogados... Ahora me explico por qué nos tenían prohibido el acceso...

En aquellos momentos llamó Robert:

—Thomas, operación recuperación terminada. Hemos rodeado quirófanos.

—Ahora voy. ¿Vamos, Alex?

El doctor le siguió en silencio, y al desembocar al pasillo de los quirófanos, se encontró con varios jóvenes de ambos sexos.

Thomas le presentó a Robert y a los demás en general.

—Alex, si quieres puedes quedarte con ellos. Yo voy a localizar ese archivo secreto.

—De ninguna de las maneras. Creo que tengo cierto derecho a enterarme de las manipulaciones de esta pandilla de desaprensivos.

—Como quieras.

Atravesaron el quirófano donde estaban operando sin llamar la atención, puesto que eran muchos los que entraban y salían.

Entre las muchas puertas que encontraron, una de ellas estaba custodiada por dos esbirros.

Hacia ella se dirigió Thomas seguido de Alex. Iban a empujar la puerta, cuando uno de ellos se lo impidió.

—¡Alto, ahí no se puede entrar!

—Venimos a consultar irnos datos solicitados por el doctor Eolo.

—Un momento, necesito comprobarlo.

Nada más volverse para efectuar la llamada, Thomas le atacó, y lo mismo hizo Alex con el otro centinela, y con ambos arrastras penetraron en el archivo, donde encontraron al que habló con Eolo.

A la sorpresa del momento por tan inesperada visita reaccionó el archivero, abalanzándose hacia un botón para dar la alarma.

Thomas, de un salto felino, se lo impidió, rodando ambos por el suelo y forcejeando.

El individuo aquel logró sacar un arma y Alex le gritó:

—¡Cuidado, Thomas!

Advertido del peligro, todas sus fuerzas se centraron en desarmarle, y en uno de los momentos en que Thomas logró encararle el arma, oprimió el dispositivo de disparo, sonando una sorda detonación, y el cuerpo que había recibido el impacto quedó inmóvil.

En el archivo hallaron todos los procedimientos y técnicas seguidas por aquella asociación secreta.

Se dedicaban al trasplante de toda clase de órganos, cuyos beneficiarios pertenecían a otros planetas que pagaban verdaderas fortunas.

Las técnicas empleadas era una sutura especial por la que no se descubría cicatriz alguna, y el botón que implantaban en el corazón del joven o la joven terrestre era en efecto un control remoto por el que registraban conversaciones e intenciones del «operado», eliminándole a la menor sospecha. Ese botón se desintegraba sin dejar rastro alguno; de ahí que no lo pudieran descubrir.

Thomas, ante la envergadura del caso, luego de reducirlos a los del pabellón especial, pidió refuerzos a su jefe, logrando copar a todo el personal adscrito de los dos complejos, apoderándose también de las astronaves, tanto terrestres como extraterrestres.

Gracias a lo descubierto por Thomas, todos aquellos jóvenes que fueron sometidos al fraude de una operación, arrebatándoles sus órganos sanos, pudieron ser salvados de una muerte segura.

De este modo se dio punto final a la muerte prematura de jóvenes y que paradójicamente pasaron todos por lo que titulaban «El Edén de la vida».

* * *

En un club donde se reunía la juventud, en un lugar apartado había una pareja muy amartelada.

Tres muchachos jóvenes penetraron en el lugar, y al reparar en la pareja, se dirigieron hacia allí.

Eran Alex, Richard y Pol, que se habían hecho grandes amigos.

Pol se dirigió a Thomas, diciéndole:

—¡Mira que siempre me tienes que hacer la misma...! Yo estaba enamorado de Lynda y llegas tú y te la llevas como de costumbre. ¿Qué os parece a vosotros, doctores? Y eso que se titula amigo...

Alex, con su seriedad característica, manifestó:

—Bueno, no hay que tomarlo por la tremenda. Yo creo que se tendría que hacer algo para que sirviera de desagravio a Pol; por ejemplo, una excursioncita...

La negativa de Lynda, Thomas y Pol fue unánime:

—¡No!...

FIN